

Una
FIGURA
en las
SOMBRAS

— × —
John Bellairs

Lectulandia

La segunda parte del clásico del suspense juvenil *La casa del reloj en la pared*, ¡la película familiar del año! Lewis, el aprendiz de mago, está convencido de que la moneda de la suerte de su abuelo Barnavelt es en realidad un talismán mágico. Con su poder... ¡podría hacer todo lo que quisiera! Pero pronto empiezan a ocurrir cosas muy muy extrañas. ¿Ha despertado Lewis una fuerza que escapa de su control?

Lectulandia

John Bellairs

Una figura en las sombras

Los casos de Lewis Barnavelt - 2

ePub r1.0

Karras 11-05-2019

Título original: *The Figure in the Shadows*
John Bellairs, 1975
Traducción: Sara Cano Fernández

Editor digital: Karras
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Sobre el autor

CAPÍTULO UNO

Lewis Barnavelt estaba al borde del patio, viendo a los chicos mayores pelearse.

Era una pelea de verdad. Tom Lutz y Dave Shellenberger eran dos de los que manejaban el cotarro en su colegio. Por lo general, pegaban a todos los demás, aunque aquel día se habían liado a puñetazos entre sí. A Lewis le recordó, de un modo un tanto cómico, a las peleas entre dioses y héroes sobre las que había leído en la versión de Classic Comics de la *Ilíada*.

—Toma, a ver si te gusta esto. —Tom le tiró a Dave un puñado de tierra a la cara. Dave embistió contra Tom, y ahora los dos rodaban por el suelo sin cesar, pataleando, arañándose y gritando palabrotas. Lewis vio que la pelea podría acercarse adonde él estaba, así que retrocedió al callejón oscuro que había entre el colegio y la iglesia episcopal justo al lado.

Normalmente, Lewis no se habría acercado a una pelea así ni de lejos. Lewis estaba gordito y tenía cara de pan. Con su jersey marrón y sus holgados pantalones de pana, parecía un globo despegando. O eso era, al menos, lo que su tía Mattie había comentado una vez sobre él, y a Lewis lo de «globo despegando» se le había quedado grabado. Tenía las manos suaves y rechonchas, y no le salían callos ni cuando se las raspaba con papel de lija. Cuando intentaba sacar músculo, no le salía nada. Le daban miedo las peleas, y también que le pegaran.

Entonces ¿qué estaba haciendo allí, viendo cómo dos de los chicos más rudos del colegio se daban de tortas? Bueno, es que la puerta trasera de la escuela daba al patio, y Rose Rita le había dicho que la esperara allí, y cuando Rose Rita decía algo, lo decía muy en serio. Rose Rita Pottinger era la mejor amiga de Lewis, y la habían castigado a quedarse en el colegio después de clase por haber contestado mal a la señorita Haggerty, la profesora de sexto. Rose Rita tenía un año más que Lewis, pero estaban en el mismo curso, y eso a Lewis le gustaba.

Lewis recorrió el callejón oscuro de arriba abajo. ¿Por qué tardaba tanto? Se estaba poniendo cada vez más nervioso al ver la pelea acercarse. ¿Y si se cansaban de pelearse entre sí y decidían pegarle a él?

—¡Hola, Lewis!

Lewis dio un respingo. Se dio media vuelta. Allí estaba Rose Rita.

Le sacaba una cabeza y llevaba gafas. Tenía el pelo largo, oscuro y ralo. Llevaba un gorrito de felpa negra con un broche de marfil. Lo tenía decorado con un montón de chapas de personajes de dibujos animados, de esos que solían regalar con las cajas de Kellogg's. No se lo quitaba nunca.

—Hola —dijo Lewis—. ¿Has tenido que hacer muchos deberes?

Rita Rose se encogió de hombros.

—Ah, no tantos. Venga, vamos. Quiero pasar antes por casa y quitarme esta ropa ridícula.

Aquello era típico de Rose Rita. Iba al colegio con falda y blusa porque no le quedaba más remedio, pero, en cuanto salía de clase, iba corriendo a casa a ponerse unos vaqueros azules y un suéter. Rose Rita era una chica peculiar. Le gustaba hacer cosas que por lo general solo atraían a los chicos, como pescar, trepar árboles y jugar al béisbol. A Lewis no se le daba demasiado bien ninguna de aquellas cosas, pero le gustaba estar con Rita, y a Rita le gustaba estar con él. Ya era septiembre, y llevaban siendo amigos desde abril.

Estaban saliendo del callejón cuando Rose Rita se fijó en que Lewis llevaba una bolsa de papel en la mano.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó.

—Mi gorra de Sherlock Holmes.

—Ah. —Rose Rita había oído hablar de la gorra de Sherlock Holmes. El tío de Lewis se la había regalado por el 4 de julio, el día de la Independencia estadounidense. Pero aun así le provocaba curiosidad—. ¿Por qué la llevas en una bolsa?

—Quiero ponérmela en Main Street, pero antes quiero comprobar que no haya niños cerca cuando lo haga.

Rose Rita se lo quedó mirando.

—O sea, ¿que la vas a sacar, te la vas a poner y la vas a volver a meter en la bolsa?

—Sí —respondió Lewis. Aquello le daba vergüenza.

Rose Rita parecía sorprendidísima.

—Pero, si tanta vergüenza te da —dijo—, ¿por qué quieres ponértela en Main Street? Allí lo más seguro es que se te quede un montón de gente mirando.

—Ya lo sé —respondió Lewis, testarudo—. Pero no me importa que me la vean los adultos. Lo que no quiero es que algún chico gracioso me la robe.

Rose Rita sonrió, compasiva. Sabía que los abusones estaban siempre metiéndose con Lewis.

—Vale, vale —dijo—. La gorra es tuya. Vamos.

Salieron del callejón y recorrieron una manzana hasta Main Street. La ciudad en la que Rose Rita y Lewis vivían era pequeña, y esta calle solo tenía tres manzanas. En ella había tiendas donde vendían comida, medicamentos y periódicos, tiendas de todo a diez céntimos, otras de ropa, restaurantes y bares. Habían llegado a la tienda de todo a diez céntimos de Kresge cuando Lewis dejó de caminar y miró a su alrededor con apuro.

—¿Crees que ahora sería buen momento, Rose Rita? No veo chicos por aquí. —Empezó a hurgar en la parte superior de la bolsa.

Rose Rita se enfadó.

—¡Ay, vamos, Lewis! Esto es una idiotez. Mira, tengo que entrar aquí a comprar lápices y papel y algunas cosas más. Luego tengo que ir a casa y cambiarme. Te veo en casa de tu tío, ¿vale?

Se marchó antes de que Lewis pudiera responder. Este se enfadó un poco con ella. También se sintió un poco tonto. Miró alrededor una vez más. Ningún malote a la vista. Bien. Sacó la gorra y se la puso.

Era una gorra muy bonita. De lana, a cuadros verdes, con viseras rígidas delante y detrás, y unas orejeras atadas por encima. Cuando Lewis se la puso, se sintió valiente y listo, como Sherlock Holmes rastreando a un malhechor en la niebla de Londres. Lewis volvió a mirar a su alrededor. Decidió que la llevaría puesta las tres manzanas enteras, hasta el Museo del Gran Ejército de la República. Nadie podría hacerle nada en un trayecto tan corto.

Lewis caminó con la cabeza gacha, mirando la acera mientras avanzaba. Un par de adultos se volvieron a mirarle cuando pasó junto a ellos. Los vio por el rabillo del ojo, pero trató de ignorarlos. Era raro, la gorra le generaba sentimientos encontrados: por un lado, sentía orgullo al llevarla; por otro, mucha vergüenza. Se iba a alegrar de llegar al museo.

Lewis acababa de pasar junto a la tienda de los Heemsoth cuando oyó una voz sarcástica y malintencionada que le decía:

—Caramba, ¡ojalá yo tuviera una gorra así!

Lewis frenó en seco. Era Woody Mingo.

Lewis le tenía un miedo horrible a Woody, y creía que hasta Dave Shellenberger y Tom Lutz se lo habrían pensado dos veces antes de meterse

con él. No es que fuera un chico grande y fuerte. No era más que un muchacho flacucho. Pero era rudo, y llevaba una navaja en el bolsillo. Se decía por ahí que había amenazado a algunos chicos con ella.

Lewis retrocedió. Una ráfaga helada le recorrió el cuerpo entero.

—Venga, Woody —dijo—. Nunca me he metido contigo. Déjame en paz.

Woody rio con malicia.

—Déjame ver tu gorra —dijo, extendiéndole la mano para que se la entregara.

—¿Prometes que luego me la devuelves?

—Ah, claro. Te lo prometo.

A Lewis le dio un vuelco el corazón. Sabía perfectamente lo que significaba aquel tono. No iba a volver a ver su gorra nunca más. Lewis miró alrededor para ver si había algún adulto cerca que pudiera ayudarle. Pero no. Ni uno. Aquella parte de Main Street estaba tan vacía como si fuera domingo por la mañana.

—Vamos. Déjame ver la gorra. —Woody hablaba con impaciencia. A Lewis se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Debería huir? Si lo hacía, no llegaría muy lejos. Como la mayoría de niños gorditos, Lewis no corría muy rápido. Se quedaba enseguida sin aliento y le entraba flato. Woody le alcanzaría, le quitaría la gorra y le aporrearía los hombros hasta hacerle daño. Lewis se quitó la gorra con pena. Se la tendió a Woody.

Con la misma sonrisa maliciosa en los labios, Woody la manoseó. Se la puso y se ajustó la visera.

—Caramba, ¡ahora me parezco al Sherlock Holmes de las películas! Bueno, hasta la vista, gordinflas. Gracias por la gorra. —Woody se dio media vuelta y se marchó dando saltitos.

Lewis se quedó allí plantado y le contempló irse. Las lágrimas le caían por las mejillas y los puños cerrados le temblaban.

—¡Devuélveme mi gorra! —gritó Lewis—. ¡O te denunciaré a la policía y te caerán cien años de cárcel!

Woody ni le contestó. Se alejó caminando lentamente, contoneándose. Sabía perfectamente que Lewis no podía hacerle nada.

Lewis avanzó trastabillando a ciegas por la calle. Lloraba muchísimo. Cuando se enjugó las lágrimas y miró a su alrededor, descubrió que estaba en el East End, un parquecillo al este de Main Street. Allí había unos cuantos bancos, y un parterre de flores rodeado por una pequeña cancela de hierro. Lewis se sentó en uno de los bancos y se secó los ojos. Luego siguió llorando

un rato. ¿Por qué él no era fuerte como otros niños? ¿Por qué todo el mundo se metía con él? No era justo.

Lewis estuvo un buen rato sentado en aquel banco. De repente, enderezó la espalda. Rebuscó en un bolsillo y sacó el reloj. ¡Se le había hecho tarde! Se suponía que había quedado con Rose Rita en casa de Lewis, porque la habían invitado a cenar. Claro que, antes, su amiga tenía que pasar por su casa y cambiarse de ropa. Pero Rose Rita se daba mucha prisa. Seguramente ya estaría esperándole sentada en el porche. Lewis se levantó de un brinco y comenzó a dirigirse a paso vivo hacia su casa.

Cuando llegó al número 100 de High Street, donde vivía, le faltaba el aliento. Allí estaba, como ya se había imaginado, Rose Rita, sentada junto a su tío en un columpio pintado a rayas verdes. Estaban haciendo pompas de jabón.

Lewis vio a su tío Jonathan soplar la pipa de espuma de mar que sostenía. En ella comenzó a formarse una pompa. Creció hasta alcanzar el tamaño de una uva. Entonces se desprendió de la pipa y flotó lentamente sobre el jardín hacia Lewis. La pompa se detuvo a menos de diez centímetros de su rostro y empezó a girar despacio sobre sí misma. En su superficie curva, Lewis vio reflejada a Rose Rita, el castaño del jardín, a sí mismo, la alta mansión de piedra en la que vivía y el sonriente rostro de su tío Jonathan, poblado de barba pelirroja.

A Lewis le caía muy bien su tío. Llevaba viviendo con él algo más de un año. Antes, Lewis vivía en Milwaukee con sus padres. Pero una noche, su padre y su madre murieron en un accidente de coche. Así que, el verano de 1948, Lewis se fue a vivir con su tío Jonathan a la ciudad de New Zebedee, en Michigan.

La pompa estalló y Lewis notó algo en la cara. Se llevó la mano al rostro y se limpió un poco. Era espuma de afeitar. Espuma de afeitar morada.

Rose Rita y Jonathan rieron. Aquel era uno de los trucos de magia de Jonathan. Sabía hacer trucos porque era mago, un mago de verdad con poderes misteriosos. Rose Rita sabía que Jonathan tenía poderes casi desde que había empezado a ser amiga de Lewis. Pero eso no la echó ni un poquito para atrás. Se lo había tomado con total naturalidad. Lewis la había oído decirle abiertamente a su tío que le habría caído bien incluso aunque no fuera mago.

Mientras Lewis se reía del truco de la espuma de afeitar, escuchó a alguien conocido decir:

—¡Lewis! ¡Qué guapo estás!

Alzó la vista. Era la señora Zimmermann. Estaba en el vano de la puerta de la casa de al lado, secando un plato con una bayeta de color lavanda. La señora Zimmermann vivía puerta con puerta con ellos, y, prácticamente, era un miembro más de la familia Barnavelt. Era una persona peculiar. Para empezar, la volvía loca el color morado. Le gustaba cualquier cosa que fuera de ese color, desde las primeras violetas de primavera hasta los coches Pontiac color bermellón. Y era bruja. No de esas brujas malas de sombrero negro, escoba y risa malvada, sino una bruja buena, simpática, que vivía en la casa de al lado. No exhibía sus poderes mágicos tan frecuentemente como Jonathan, pero Lewis sabía que era una maga incluso más poderosa que su tío.

Lewis se limpió un poco más de espuma de afeitar de la cara.

—¡No estoy ni un poquito guapo, señora Zimmermann! —gritó—. ¡Solo lo dice porque a usted le gusta cualquier cosa que sea morada!

La señora Zimmermann rio, divertida.

—Bueno, puede ser. De todas maneras, te queda bien. Vamos, ven a limpiarte. La cena está lista.

Lewis se estaba sentando a la mesa cuando recordó que se suponía que debía estar triste.

—Caramba, se me ha olvidado por completo la gorra —dijo.

Rose Rita le miró.

—Sí, es verdad. ¿Qué ha pasado con la gorra? ¿Al final la has llevado puesta toda la manzana, o no?

Lewis clavó los ojos en el mantel.

—Me la ha quitado Woody Mingo.

Rose Rita dejó de sonreír.

—Lo siento, Lewis —le dijo, y lo decía en serio.

Jonathan suspiró hondamente y dejó el cuchillo y el tenedor en la mesa.

—Te avisé de que no te la pusieras por la calle, Lewis. Esa gorra es solo para jugar con ella en casa. Ya sabes cómo son los críos.

—Sí, lo sé —replicó Lewis con tristeza. Se metió una cucharada de puré de patatas en la boca y masticó con pesar.

—Ha sido una canallada —dijo Rose Rita, furiosa—. Igual si me hubiera quedado contigo no habría pasado.

Lewis no supo por qué, pero aquello le hizo sentir todavía peor. Se suponía que los chicos debían proteger a las chicas, y no al revés.

—Puedo cuidarme solo —murmuró.

La cena transcurrió durante varios minutos en completo silencio. Todo el mundo clavó los ojos en su plato y masticó sin decir nada. La tristeza cayó

sobre la mesa como un velo de niebla.

Jonathan estaba allí sentado, mirando el mantel, como todos los demás. Pero, a diferencia de ellos, estaba pensando. Se estaba estrujando el seso, intentando idear algo que pudiera animarlos. De repente, estampó el puño contra la mesa. Los platos repiquetearon, y al azucarero se le cayó la tapa. Todos le miraron.

—¿Qué narices te pasa? —preguntó la señora Zimmermann—. ¿Has visto una hormiga, o qué?

—No me pasa nada —respondió Jonathan, sonriendo. Ahora que había captado la atención de todos, entrelazó las manos y dejó la mirada perdida—. ¿Lewis? —preguntó.

—¿Sí, tío Jonathan?

Jonathan siguió mirando al vacío, pero se le ensanchó la sonrisa.

—¿Te apetecería ver qué hay dentro del baúl del abuelo Barnavel?

CAPÍTULO DOS

Lewis se quedó boquiabierto. El baúl del abuelo Barnavelt era un enorme y pesado cofre que Jonathan tenía al pie de su cama, cerrado con un candado. Jonathan decía que hacía más de veinte años que no lo abría, y Lewis siempre estaba dándole la matraca para que le dejara echar un vistazo. Ahora iba a tener oportunidad de hacerlo. Le dieron ganas de ponerse a dar botes en la silla, y se dio cuenta de que Rose Rita también estaba emocionada.

—¡Caramba, tío Jonathan! —gritó Lewis—. ¡Caramba, eso sería genial!

—¡Estoy de acuerdo! —dijo Rose Rita.

—Yo también —añadió la señora Zimmermann—. Visto que soy una anciana fisgona a la que le gustan las sorpresas.

—Sí que lo eres, Pelucrespa —dijo Jonathan—. Fisgona, me refería. Ahora, decidme, amigos, ¿os apetece tomaros el helado y las galletas ya o después de abrir el baúl? Todos los que voten por abrir el baúl ahora, que levanten la mano.

Lewis y Rose iban a levantar la mano, pero entonces se dieron cuenta de que las galletas las había hecho la señora Zimmermann. Tal vez le sentara mal que eligieran posponer el postre. Bajaron las manos.

La señora Zimmermann los fulminó con la mirada y levantó la mano.

—¿Puedo hablar, profe? —preguntó con vocecilla suplicante.

—Claro. Adelante —respondió Jonathan, sonriendo.

—Si no subes y me ayudas a bajar el baúl ahora mismo, te transformaré en una papelería llena de virutas de lápices.

—¡A la orden, a la orden! —dijo Jonathan, haciendo un saludo marcial. La señora Zimmermann y él se levantaron de la mesa y subieron a por el baúl.

Lewis y Rose Rita se quedaron curioseando por el despacho. Hojearon libros y dibujaron cosas en el polvo de la mesa de la biblioteca. No tardaron en oír puertas cerrándose, un montón de golpes y un sonoro grito (de Jonathan) seguido de unos cuantos improperios sofocados. Por fin, apareció el baúl. Jonathan sujetaba un extremo con una mano mientras se chupaba los

nudillos de la otra, que se había despellejado maniobrando para que cupiera por una esquina demasiado estrecha.

—¡Bueno, ya estamos! —dijo la señora Zimmermann. Apoyó su lado del baúl en el suelo y se secó la cara con un pañuelo morado—. ¿Qué guardaba aquí tu abuelo, Jonathan? ¿Balas de cañón?

—Más o menos —respondió Jonathan—. Ahora, en cuanto encuentre la llave... Mmm, a ver dónde está... —Jonathan se rascó la poblada barba pelirroja y miró al techo.

—¡Ay, no me digas que la has perdido! —exclamó con exasperación la señora Zimmermann.

—No, no la he perdido. Es solo que no me acuerdo de dónde está. Dadme medio minuto. —Jonathan salió de la habitación y lo oyeron volver al piso de arriba.

—Espero que no esté perdida —dijo Lewis, que se ponía pesimista en cuanto veía que las cosas no salían bien.

—No te preocupes —dijo la señora Zimmermann—. En el peor de los casos, tu tío forzará la cerradura disparándola con la pistola de la guerra civil del abuelo Barnavelt. A no ser, claro, que esté guardada dentro del baúl con todo lo demás.

Mientras Jonathan estaba en el piso de arriba buscando la llave, Lewis y Rose Rita aprovecharon para inspeccionar el exterior del antiguo baúl. Tenía una tapa abultada, que le daba aspecto de cofre pirata, pero en realidad era un baúl de viaje, las maletas que antiguamente solían usarse para cruzar el océano. El baúl era de madera, pero estaba recubierto de cuero de cocodrilo. En la tapa tenía clavadas tres grandes franjas decorativas de cobre amartillado. Con los años se habían puesto de un verde clarito. El cierre también era de cobre y tenía forma de cara de bebé. La boca del bebé era la cerradura.

Jonathan regresó tras lo que a todos se les antojó una eternidad. Traía en la mano una llavecita de hierro de la que colgaba una etiqueta de cartón.

—¿Dónde estaba? —preguntó la señora Zimmermann. Trataba de contener una risita con todas sus fuerzas.

—¿Dónde? —espetó Jonathan—. ¿Que dónde? Exactamente donde esperarías que estuviera. En el fondo de un tarro lleno de monedas de céntimo. —Se arrodilló e introdujo la llave en la cerradura. Lewis, Rose Rita y la señora Zimmermann se agolparon tras él. El cerrojo estaba rígido y oxidado, así que Jonathan tuvo que probar varias veces, pero al final la llave giró. Con mucho cuidado, levantó la vieja y delicada tapa.

Lo primero en lo que Lewis y Rose Rita se fijaron cuando el baúl se abrió fue el interior de la tapa. Estaba recubierto por un papel de un rosa desvaído en el que, hacía mucho tiempo, alguien —tal vez un niño— había pegado fotos. Parecían recortadas de una revista muy antigua. Lewis y Rose Rita miraron dentro del baúl. Bajo una gruesa capa de polvo arenoso había varios paquetes envueltos con papel de periódico y cordel. Uno era largo, curvo y fino. Había otro plano y cuadrado. Otros eran grandes y abultados. El periódico era amarillento y antiguo, y algunos de los paquetes se estaban desenvolviendo porque el cordel estaba podrido.

Jonathan introdujo las manos en su interior y empezó a repartir paquetes.

—Aquí tenéis. Uno para ti, Lewis, y otro para ti, Rose Rita, y hasta uno para ti, Vieja Pasa. Y uno pequeñito para mí.

—Ja —protestó la señora Zimmermann mientras tiraba de un trozo de cordel—. Apuesto a que te has reservado el mejor.

Lewis tenía el paquete largo y curvo. Cuando abrió el papel por un extremo, vio el latón pulido de la empuñadura de una espada.

—¡Caramba! —dijo—. ¡Una espada de verdad! —Arrancó el resto del papel y empezó a blandirla en derredor. Afortunadamente, aún estaba envainada.

—¡Ven a mí por esta afrenta, impostora! —gritó, arremetiendo contra Rose Rita con ella.

—Oye, *sir* Héctor, ten cuidadito, ¿vale? —dijo Jonathan. Lewis paró, avergonzado. Entonces todo el mundo, el propio Lewis incluido, rio.

—Deberías haberte imaginado lo que pasaría al darle una espada a un muchacho de once años —dijo la señora Zimmermann—. Dame, déjame verla.

Lewis le tendió la espada. Tirando suavemente, la señora Zimmermann la desenvainó a medias. La hoja deslustrada destelló débilmente a la luz de la lámpara.

—¿De quién era? —preguntó Lewis.

—Del abuelo Barnavelt —dijo Jonathan—. Es un sable de caballería: se nota porque es curvo y bastante pesado. Vuelve a envainarlo, Florence. Las armas blancas me ponen nervioso.

Lewis sabía un poquito sobre el abuelo Barnavelt. Había visto su nombre en el monumento a la guerra civil, y Jonathan le había contado algunas historias sobre el anciano, que, en lugar de satisfacerlo, le habían dejado con ganas de más.

—El abuelo Barnavelt era lancero, ¿verdad? —preguntó Lewis.

—Así es —respondió Jonathan—. Rose Rita, abre tu paquete.

La niña sostenía un paquete pequeño y blando. Cuando hubo desatado el cordel y arrancado el papel, vio que tenía en las manos un hatillo de prendas viejas. La primera era una camisa azul que llevaba tanto tiempo doblada que no se podía desdoblar. Debajo había un par de bombachos rojos y una gorra roja aplanada en la que se leía Quinto Batallón de Lanceros de Fuego Zuavos de Michigan bordado con hilo dorado.

—¿Quiénes eran el Quinto Batallón de... lo que sea que fueran? —preguntó Rose Rita.

—Idiotas —espetó la señora Zimmermann—. Idiotas, eso es lo que eran, todos ellos.

—Eso es cierto —respondió Jonathan, mesándose la barba—. Pero probablemente no es la respuesta que Rose Rita esperaba. En primer lugar..., bueno, dejemos que Lewis conteste esto. Él ha estado leyendo sobre los lanceros.

—Los lanceros eran unos soldados de caballería que llevaban unas lanzas muy largas —explicó Lewis—. Las usaban para ahuyentar al enemigo.

—Si conseguían acercarse lo suficiente —añadió Jonathan—. Verás, Rose Rita, los lanceros son algo así como un remanente de la Edad Media, cuando los caballeros solían derribarse unos a otros de sus monturas usando lanzas. Pero, en la guerra civil, los lanceros tenían que cargar contra soldados armados con mosquetes, rifles y cañones.

—Eso suena un poco estúpido —opinó Rose Rita—. ¿Por qué querrían hacer eso?

—Bueno, la verdad es que no estoy seguro —dijo Jonathan—, pero creo que pensaban que esas largas lanzas y sus pendones ondeantes y los uniformes de colores vivos infundirían terror a los soldados de a pie del enemigo.

—¿Y lo conseguían? —preguntó Lewis.

A Jonathan pareció confundirle la pregunta.

—¿Conseguir el qué?

—Causar terror al enemigo.

—Ah. Bueno, sí, algunas veces sí. Pero, por lo general, los soldados con mosquetes y rifles hacían picadillo a los lanceros. Eso fue lo que pasó en la batalla de la Corte de Spotsylvania. El Quinto Batallón de Michigan cargó y fue aniquilado. Los únicos que quedaron con vida fueron el abuelo Barnavelt y un hombre que se llamaba Walter Finzer. Y sobrevivieron simplemente porque no participaron en la batalla.

A Lewis se le torció el gesto. Se había imaginado a su bisabuelo atacando y abriéndose camino a empujones entre las líneas enemigas.

—¿Y por qué no participó en la batalla? —preguntó.

—Vamos, Jonathan, cuéntaselo —dijo la señora Zimmermann, sonriendo. Había oído aquella historia mil veces, pero la seguía entusiasmando.

—Bueno, la cosa fue así —dijo Jonathan. Carraspeó, se cruzó de brazos y se recostó, adoptando su postura de contar historias—. Tu bisabuelo, Lewis, no era precisamente el hombre más valiente del mundo. Creo que se enroló en los Lanceros de Michigan porque los uniformes le parecían bonitos. Pero cuanto más se acercaba la batalla real, más miedo tenía. La batalla de Spotsylvania iba a ser su primera experiencia de combate real. Ahora bien, la víspera de la batalla, el abuelo estaba jugando al póquer junto a la hoguera del campamento con otros miembros de la compañía, y se dio cuenta de que llevaba una mano buenísima. Creo que llevaba *full*, o póquer, o algo así. Sea como fuera, en menos que canta un gallo, el abuelo y Walter Finzer eran los únicos que seguían en la partida. Walter también era de New Zebedee, y se había enrolado más o menos a la vez que el abuelo. Bueno, pues Walter subió la apuesta del abuelo, y el abuelo subió la de Walter, y en cosa de nada los dos habían apostado hasta el último penique que tenían, incluyendo las espadas y las pistolas. Pero, cuando el abuelo se quitó el sello de oro y lo puso en el montón de apuestas, Walter ya no tuvo nada con lo que subirla. Walter intentó pedir dinero fiado a otros hombres, pero todos le consideraban una sanguijuela, así que no quisieron prestarle ni un céntimo. Walter estaba a punto de soltar las cartas y dejar que el abuelo se llevara la apuesta cuando el abuelo dijo: «¿Qué hay de tu moneda de la suerte?».

—¿Su moneda de la suerte? —preguntó Lewis.

—Sí. Verás, el abuelo había empezado la partida con la esperanza de poder quitarle a Walter la moneda de la suerte que llevaba encima. Sé que parece ridículo, pero el abuelo estaba convencido de que la moneda de la suerte de Walter le ayudaría a salir ileso de la batalla. ¿Quién sabe por qué lo pensaría? Los pilotos usan patuquitos de bebé y patas de conejo como amuletos. El abuelo había oído fanfarronear a Walter sobre su moneda, así que debió de pensar que tal vez le ayudaría. —Jonathan sonrió con tristeza—. Creo que el abuelo tenía tanto miedo que habría confiado en cualquier cosa que pudiera ayudarle a salir con vida de la batalla del día siguiente.

—¿Era mágica? —preguntó Rose Rita—. La moneda, me refiero.

Jonathan rio, divertido.

—No, me temo que no. Pero el abuelo creía que sí, y eso es lo que importa. Así que, siguiendo con la historia, le dijo a Walter que apostara la moneda, y Walter se negó. Walter era testarudo y bastante corto de entendederas, y no quería desprenderse de ella. Finalmente, sin embargo, sus amigos le convencieron de que la apostara. Entonces Walter y el abuelo descubrieron sus manos, y el abuelo ganó. Walter se puso hecho una furia. Gritó y chilló y pataleó y maldijo y, al final, cuando el abuelo empezó a recoger el dinero, le quitó a alguien la pistola de la cartuchera y disparó al abuelo en una pierna.

—¡Eso es horrible! —dijo Rose Rita—. ¿El abuelo Barnavelt murió?

—No, pero la herida le dejó fuera de servicio un buen tiempo. A Walter, por supuesto, lo arrestaron inmediatamente, y después lo licenciaron del ejército con deshonor. Podría haber sido peor, pero el abuelo pidió que tuvieran clemencia con él. Verás que el abuelo Barnavelt era un hombre bueno y compasivo. No pintaba nada combatiendo en una guerra.

Jonathan se recostó en el sillón y encendió la pipa. La señora Zimmermann y Lewis fueron a la cocina y volvieron con helado y galletas con trocitos de chocolate. Un momento después, todos estaban comiendo. Lewis alzó la vista y dijo:

—¿El abuelo se quedó la moneda? ¿Anda todavía por ahí?

Jonathan rio.

—¡Claro que se la quedó! La llevaba enganchada a la cadena del reloj y le contaba a todo el mundo cómo la había conseguido. Yo me harté de escuchar esta historia cuando era niño.

—¿Podemos verla? —preguntó Lewis.

A Jonathan le sorprendió la pregunta.

—¿Verla? Bueno, supongo que sí, si consigo encontrarla. Imagino que seguirá dando vueltas por algún lado en este viejo baúl. ¿No crees, Florence?

—¿Cómo quieres que lo sepa? El baúl es tuyo. Echemos un vistazo.

Jonathan, la señora Zimmermann, Lewis y Rose Rita rodearon el viejo baúl y empezaron a sacar paquetes y desenvolverlos. Había una chistera y una levita negra con los codos desgastados, y algunos libros y tres o cuatro álbumes de fotos viejas, y una bala de cañón de verdad. Terminaron sacando todo el contenido del baúl salvo por el polvo y los insectos muertos que había en el fondo. Todo, excepto una diminuta y maltrecha cajita de madera.

—Apuesto a que está ahí —dijo Lewis.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Jonathan—. Pero echemos un vistazo, de todas maneras.

Metió la mano en el baúl y sacó la cajita. No tenía cerradura y, después de un breve forcejeo, la tapa se desprendió, bisagras incluidas. Dentro había un par de anteojos sin montura, una pipa renegrida y una cadena de reloj muy enmarañada. Colgada de ella había una monedita de plata.

—¡Eh, sí que estaba ahí! —Lewis metió la mano en la caja y sacó la cadena de reloj con cuidado. La manejaba como si fuera una ristra de diamantes. Acto seguido, Rose Rita y él comenzaron a examinar la moneda. Era un objeto extraño, más pequeño y fino que una moneda de diez centavos. Por un lado, se leía el numeral romano III. En el otro una estrella de seis puntas con un escudo rayado en su interior. En el borde exterior de la estrella aparecía impreso «Estados Unidos de América» y bajo la punta inferior de la estrella había una fecha: 1859.

—¿Qué moneda es? —preguntó Lewis. Nunca había visto una como aquella.

—Es una moneda de tres céntimos de dólar —dijo la señora Zimmermann—. ¡Eso lo sabe cualquiera!

Rose Rita se echó a reír.

—Venga, vamos, señora Zimmermann. ¡Usted siempre de broma! ¿O sea que esta moneda valía tres céntimos en aquella época?

—Claro que sí. Ahora vale un poco más, porque es antigua, pero en lo que a monedas respecta, no es demasiado singular.

—¿Por qué había monedas de tres céntimos? —preguntó Lewis—. ¿No habría sido más fácil usar tres peniques?

—Habría que preguntarle a la Casa de la Moneda estadounidense por qué acuñaron monedas de tres céntimos —respondió Jonathan—. Hubo una época en la que había incluso medios céntimos y monedas de dos y cinco céntimos, y todo tipo de cantidades extrañas. Así que, como bien dice la señora Zimmermann, esta moneda no es tan singular..., salvo por el hecho de formar parte de la historia que acabo de contaros.

Lewis miró la moneda y se la imaginó apoyada sobre un montón de dinero y espadas y pistolas a la luz rojiza de la hoguera del campamento. Se imaginó a Walter Finzer sacando una pistola y disparando al abuelo Barnavelt. Por culpa de aquella moneda se había vertido sangre. Lewis había leído mucho, y conocía historias sobre reyes que habían luchado y se habían matado por objetos nimios. Cosas como coronas, y joyas y monedas de oro. A Lewis aquella moneda le parecía algo salido directamente de una de aquellas viejas historias.

Lewis miró a su tío.

—Tío Jonathan, ¿estás seguro de que esta moneda no es mágica?

—Todo lo seguro que se puede estar, Lewis. Pero solo para que te quedes tranquilo, ¿por qué no se la dejas un momento a la señora Zimmermann? Ella sabe un montón sobre amuletos y talismanes mágicos y cosas de esas, y probablemente podría decírnoslo con solo palparla. ¿Verdad, Florence?

—Sí, podría hacerlo. Mi examen final en la Universidad de Gotinga, cuando me saqué el doctormago, consistió en averiguar si ciertos objetos estaban encantados solo con el tacto de mis dedos. Trae, déjame ver.

Lewis le tendió la moneda a la señora Zimmermann. Ella frotó el anverso y el reverso entre los dedos y la contempló, pensativamente, unos pocos minutos. Luego se la devolvió.

—Lo siento, Lewis —dijo, negando con la cabeza—. Al tacto no es más que un trozo de metal. Si fuera mágica, bueno..., notaría un hormigueo en la mano. Pero aquí no hay nada de magia. Solo es una moneda antigua.

Lewis levantó la moneda y la miró con tristeza. Luego se volvió hacia Jonathan y preguntó:

—¿Me la puedo quedar?

Jonathan pestañeó con gesto ausente.

—¿Mmm?

—Te he preguntado si me la puedo quedar.

—¿Que si puedes...? Ah. Ah, claro. Adelante. Es tuya. Quédatala como recuerdo de la guerra civil. —Jonathan le dio a Lewis una palmadita en el hombro y sonrió.

Esa noche, más tarde, cuando Rose Rita y la señora Zimmermann se hubieron ido a casa y Jonathan a dormir, Lewis se sentó al borde de la cama, contemplando la moneda. Era una pena que no fuera mágica. Si lo hubiera sido, podría haberse convertido en uno de esos amuletos que te hacen ser valiente y fuerte y te protegen de tus enemigos. Como el broche que un antiguo rey de Irlanda llevaba prendido de la camisa cuando entablaba batalla. Mientras tuviera el broche consigo, no podían herirle. A Lewis le gustaba esta historia. Nunca había entablado batalla con una espada y un escudo, pero sí había tenido unas cuantas peleas de puños, y siempre las había perdido. Tal vez si hubiera tenido un amuleto podría haberlas ganado. Tal vez, si hubiera tenido un amuleto, Woody Mingo no habría podido robarle su gorra.

Ay, bueno, pensó Lewis, así son las cosas. Guardó la moneda en el cajón de su mesilla de noche, apagó la luz y se metió en la cama.

Lewis se metió en la cama, pero no se durmió. Estuvo revolviéndose y dando vueltas, pensando en Woody, y en la gorra de Sherlock Holmes y en el

abuelo Barnavelt y en Walter Finzer y en la moneda de tres céntimos. Luego se limitó a quedarse allí tumbado, escuchando los sonidos de la casa: el tictac del reloj, el goteo del grifo de la bañera, los varios crujidos, chasquidos y chirridos que aquella gran mansión antigua hacía cuando se asentaba por la noche.

Flip, flop. Lewis se incorporó en la cama. Conocía aquel sonido. Lo conocía muy bien, pero no era un sonido nocturno. Era el sonido del buzón.

En la puerta de la casa donde vivía Lewis había una rendija para echar el correo. La rendija tenía una tapa con una bisagra, y cuando el cartero la levantaba para deslizar dentro las cartas, la tapa hacía flip, flop. A Lewis y a su tío les encantaba recibir correo, y, sin importar en qué parte de la casa estuvieran, cuando escuchaban aquel flip, flop, iban corriendo a la puerta. El cartero que pasaba por su casa era muy parlanchín, así que raramente llegaba antes de las dos y media de la tarde. Pero, por lo que Lewis sabía, nunca recibían correo a medianoche.

Lewis se quedó allí sentado, pensando, unos minutos. Luego salió de la cama, se puso las pantuflas y la bata, y bajó despacio las escaleras al salón principal. Allí, en el suelo, justo debajo de la rendija por la que echaban las cartas, había una postal.

Lewis la recogió y la llevó junto a la ventana del pasillo. La luz gris de la luna entraba por ella a raudales. Había claridad suficiente para leer, pero... no había nada que leer. La postal estaba en blanco.

Lewis empezó a tener miedo. ¿Qué tipo de mensaje era aquel? Le dio la vuelta a la postal y le alivió ver que estaba sellada y tenía su dirección. Pero el sello parecía muy antiguo, y la estampilla de correos estaba tan desvaída que Lewis no era capaz de ver desde dónde la habían enviado. La dirección estaba escrita con una caligrafía pulcra y florida.

Maese Lewis Barnavelt
High Street, 100
New Zebedee, Michigan

No había dirección de remite.

Lewis se quedó allí, bajo la luz de la luna, con la postal en la mano. Tal vez Rose Rita se hubiera levantado en mitad de la noche para gastarle una broma pesada. Podía ser, pero no parecía muy probable. Lewis le dio la vuelta a la postal y volvió a mirar la parte en blanco. Abrió los ojos de par en par. Ahora, en la tarjeta, había una inscripción.



A Lewis le empezó a temblar la mano. Había leído sobre escritura con tinta invisible, pero siempre había oído que había que empolvar el mensaje con una sustancia especial o sostenerla sobre el fuego para hacer aparecer las letras. Este mensaje había aparecido por sí solo.

Y Lewis sabía lo que significaba. Hablaba un poco de latín, porque antiguamente había sido monaguillo, y sabía qué significaba «*Venio*»: Voy. De repente, Lewis tuvo mucho miedo. Le dio miedo estar solo en el pasillo a oscuras. Pero mientras lo cruzaba para encender la luz a toda prisa, se le cayó la postal de la mano. En realidad, la sensación fue como si alguien la hubiera cogido y se la hubiera arrebatado de un tirón. Lewis entró en pánico y se abalanzó sobre el interruptor de la pared. Una cálida luz amarilla inundó el pasillo de aquella antigua mansión. Allí no había nadie. Pero la postal había desaparecido.

CAPÍTULO TRES

A la mañana siguiente, en cuanto se levantó, Lewis bajó a buscar la postal misteriosa. Buscó debajo de la alfombra del pasillo y en las rendijas entre los tablones del suelo. Buscó en el jarrón de porcelana azul y blanca china donde Jonathan guardaba los bastones. Buscó en todas partes. La postal se había desvanecido. Ninguna de las rendijas del suelo era lo suficientemente grande como para que se hubiera colado por ellas, y tampoco podía haber salido flotando por la rendija de la puerta por la que entraba el correo, porque estaba tapada. ¿Dónde se había metido?

Lewis no quería hablar de la postal con su tío, pero aquella mañana, mientras se comía su tazón de Cheerios, se le ocurrió una explicación que lo tranquilizó. La postal probablemente no era más que uno de los trucos mágicos de Jonathan.

Lewis ya llevaba algo más de un año viviendo en casa de un mago de verdad, y en ese tiempo se había acostumbrado a ver cosas y oír sonidos extraños. Al mirar el espejo del perchero de los abrigos, a veces te devolvía la imagen de tu reflejo. Pero con mayor frecuencia lo que mostraba eran ruinas romanas en el desierto, o pirámides mayas, o la abadía de Melrose, en Escocia. En el salón principal había un armonio que reproducía anuncios de la radio. Y los dibujos de las vidrieras de las ventanas de aquella enorme y antigua mansión de vez en cuando cambiaban solos. Tal vez aquella postal fantasmagórica fuera una de las bromitas de Jonathan. Lewis podría haber descubierto si estaba en lo cierto preguntánselo directamente, porque él era quien controlaba todos los sucesos mágicos que ocurrían en la casa. Pero le daba miedo hacerlo. Prefería no descubrir que no estaba en lo cierto.

Una tarde de mediados de octubre, Lewis decidió volver al colegio antes de lo que solía. La mayoría de las veces esperaba en casa a que terminara el recreo del comedor porque tenía miedo de que los otros chicos le pegaran. Pero aquel día Rose Rita le había convencido de que volviera antes.

Su amiga y él habían tenido una conversación muy larga sobre los miedos de Lewis. Ella había intentado convencerle de que la única manera de superarlos era enfrentarse a ellos directamente. Tenía que obligarse a volver al patio en cuanto terminara de comer. Después de conseguirlo la primera vez, la segunda le resultaría más fácil, y así sucesivamente. O eso decía Rose Rita, al menos. En un primer momento, Lewis no dio su brazo a torcer, pero al final accedió a probar a hacer las cosas a la manera de su amiga. Para ponérselo un poco más fácil, Rose Rita se había ofrecido a quedar con él en el callejón que había detrás del colegio. No tendría que intentar participar en el partido de fútbol americano, ni nada por el estilo. Se limitarían a estar por allí, hablando. Podrían hablar de la maqueta de la galera romana que estaban construyendo con madera de balsa. Eso sería muy divertido.

Cuando Lewis llegó al colegio, se asomó al largo y estrecho callejón. Ni rastro de Rose Rita. En la otra punta oía a niños gritando y jugando. Con mucho cuidado, empezó a avanzar por él hacia el patio. Siempre temía que alguien se abalanzara sobre él, cosa que a veces terminaba pasando de verdad.

Lewis había llegado más o menos a mitad del callejón cuando oyó algo a su izquierda. Parecían gruñidos, ruidos de refriega. Lewis se dio media vuelta y vio a dos niños peleándose en el hueco oscuro que quedaba entre dos contrafuertes de la iglesia episcopal. Eran Rose Rita y Woody Mingo.

Lewis se quedó allí plantado, mirando, paralizado de miedo. Woody sujetaba a Rose Rita por la cintura con una mano y con la otra le tiraba del pelo. Tiraba con fuerza, así que debía de estar haciéndole un montón de daño. Pero Rose Rita no se quejaba. Tenía los ojos cerrados, los dientes apretados en una rígida mueca.

—¡Vamos! —gruñó Woody—. ¡Retíralo!

—No.

—¡Retíralo!

—Te he dicho que no, ¡ay!, y es que no.

Woody esbozó su sonrisa más malvada.

—De acuerdo, entonces... —Le dio un rápido y violento tirón de pelo a Rose Rita. Ella tensó la mueca e hizo rechinar los dientes. Pero seguía negándose a gritar.

Lewis no sabía qué hacer. ¿Debería ir corriendo a avisar al director, o llamar a la policía? ¿O debería enfrentarse a Woody él mismo? Entonces se acordó de la navaja del abusón y tuvo miedo.

En ese momento, Woody vio a Lewis. Rio exactamente igual que cuando le había robado la gorra.

—¡Eh, tripón! ¿No vas a rescatar a tu amiguita? —Woody volvió a tirarle del pelo a Rose Rita, y ella contrajo el rostro de dolor.

Rose Rita abrió los ojos y miró a Lewis.

—¡Vete, Lewis! —bufó—. ¡Vete y punto!

Lewis se quedó allí plantado, abriendo y cerrando los puños. Miró hacia la calle, por la que los coches pasaban despacio. Miró hacia el patio, donde oía a niños riendo, gritando y jugando.

—¡Vamos, culogordo! ¿Quieres plantarme cara? ¡A ver cómo lo intentas!

Lewis se dio media vuelta y echó a correr. Corrió por el callejón, salió a la acera, cruzó la intersección y subió por Green Street hacia su casa. Apisonaba el suelo a cada paso, y se oyó llorar mientras corría. Se detuvo en mitad de Green Street porque ya no podía más. Tenía flato, le dolía la cabeza y quería morir. Cuando por fin recuperó el aliento, se enjugó las lágrimas, se sonó la nariz e hizo el resto del camino a casa trotando.

El tío Jonathan estaba rastrillando hojas en la parte delantera del jardín cuando Lewis apareció, contrariado y dando pisotones, por la acera.

—¡Hola, Lewis! —le llamó, meneando alegremente la pipa para saludarlo—. ¿Os han dejado salir pronto de clase, o...?

La verja se cerró con un fuerte ruido metálico. La puerta de la entrada, con un portazo segundos después. Jonathan soltó el rastrillo y entró a ver qué pasaba.

Encontró a Lewis llorando con la cabeza apoyada en la mesa del comedor.

—Maldito puñetero impresentable asqueroso, maldito puñetero... —Era lo único que Lewis repetía una y otra vez.

Jonathan se sentó en una silla junto a él y le pasó el brazo alrededor de los hombros.

—Vamos, Lewis —le dijo con delicadeza—. No te preocupes. ¿Qué ha pasado? ¿Quieres contarme qué ha pasado?

Lewis se enjugó las lágrimas y se sonó la nariz varias veces. Entonces, despacio y con voz entrecortada, le contó a Lewis todo lo que había pasado.

—... y salí corriendo y no va a querer volver a saber nada de mí nunca más —sollozó—. ¡Me quiero morir!

—Ah, dudo mucho que Rosie vaya a tacharte de su lista de amistades —dijo Jonathan, sonriendo y palmeándole suavemente el hombro—. Solo quería ocuparse de él ella sola, nada más. Está hecha un personaje y, si se ha metido en una pelea con Woody, supongo que creía que podría sola con él.

Lewis se giró y miró a Jonathan entre las lágrimas.

—O sea, ¿no crees que vaya a odiarme por ser un cobarde y un debilucho?

—No eres ninguna de esas cosas —dijo Jonathan—. Y, de todas maneras, si Rosie hubiera querido que su mejor amigo fuera un idiota, se habría buscado un idiota. Es una chica muy cabezota, y siempre consigue lo que quiere. Y creo que tú le caes muy bien.

—¿De verdad?

—Ajá. Ahora voy a terminar de rastrillar las hojas para que podamos hacer una hoguera en la entrada esta noche. Te escribiré una nota el lunes para que la señorita Haggerty no te regañe por haber faltado, y..., oye, ¿por qué no te pones con la maqueta del barco?

Lewis sonrió a su tío, agradecido. Hipó un par de veces, como solía hacer después de haber llorado mucho.

—Vale, tío Jonathan. Muchas gracias.

Lewis subió a su habitación y se pasó el resto de la tarde sumergido en el apasionante mundo de los trirremes griegos y romanos y en las grandes batallas navales de Salamina y Accio. Justo antes de cenar, sonó el teléfono. Lewis bajó los escalones de dos en dos y a punto estuvo de caerse de boca al suelo.

—Hola —jadeó cuando cogió el auricular—. ¿Rose Rita, eres tú?

Oyó una risilla al otro lado de la línea.

—Si no lo hubiera sido, ¿qué habrías hecho?

Lewis sintió alivio.

—¿Estás enfadada conmigo? —le preguntó.

—Qué va. Solo llamaba para saber qué te ha pasado.

Lewis notó que se sonrojaba.

—Me encontraba un poco revuelto, así que me he ido a casa. ¿Woody te ha pegado?

—No. Han aparecido un par de profesores y nos han obligado a dejar de pelearnos. De no ser por el maldito pelo, le habría dado una buena. Creo que me lo voy a cortar.

—¿Por qué os estabais peleando?

—Ah, le llamé ladronzuelo por haberte robado la gorra, y quería que lo retirara, pero no lo he hecho.

Lewis guardó silencio. Se sintió como cuando Rose Rita le dijo que le habría gustado estar con él para evitar que Woody le robara la gorra. Era un sentimiento confuso. Le agradecía que le defendiera, pero se sentía fatal por no poder pelear y ganar sus propias disputas. Se suponía que los chicos deberían ser capaces de hacerlo.

—¿Estás bien? —le preguntó Rose Rita. Lewis llevaba callado un minuto entero.

—Eh..., sí, claro. Solo estaba... Solo estaba pensando —tartamudeó Lewis—. Woody no te ha hecho daño, ¿verdad?

A Rose Rita se le escapó un resoplido desdeñoso.

—Ah, no ha querido hacerme nada más que tirarme del pelo porque soy una chiiica. Oye, Lewis.

—¿Sí?

—Pongámonos otra vez con la maqueta. ¿Te apetece traerla a mi casa esta noche?

—Vale.

—Te veo después de cenar. Hasta luego.

—Hasta luego.

A Lewis le alivió saber que Rose Rita no le odiaba por haber huido. Pero no dejaba de pensar en la pelea entre Woody y ella, y aquella noche soñó con ella. En el sueño, Woody tiró a Rita al suelo y a ella empezó a sangrarle la cabeza. Lewis agarró a Woody y le pegó y Woody sacó la navaja y la sostuvo frente a las narices de Lewis. Entonces le dijo: «¡Te voy a cortar la lengua!», y Lewis se despertó de repente. Estaba sentado en la cama y tenía el pijama empapado de sudor. Tardó mucho en volver a dormirse.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, Lewis decidió que iba a adelgazar y ponerse fuerte como Woody. Se tumbó en el suelo e intentó hacer diez flexiones, pero solo consiguió hacer tres antes de desplomarse. Luego intentó hacer abdominales, pero, cuando se tumbaba, le costaba muchísimo incorporarse a no ser que se retorciera y se apoyara en los codos. Se levantó e intentó tocarse los dedos de los pies sin doblar las rodillas, pero no podía. Le dolía la cabeza solo de intentarlo. Por último, intentó hacer saltos de tijera. Eran divertidos, porque podías dar palmadas por encima de la cabeza al hacerlos. Pero las lорzas que Lewis tenía en los muslos también palmeaban cuando juntaba las piernas, y aquel sonido lo deprimía. Además, le daba miedo que en la habitación de abajo se desprendiera la escayola del techo con los saltos. Así que lo dejó y bajó a desayunar.

Era sábado por la mañana, y la señora Zimmermann había venido a prepararles el desayuno. Aunque vivía en la casa de al lado, solía cocinar para Lewis y su tío, y los sábados siempre preparaba algo especial para desayunar. Podían ser rosquillas, o tortitas, o salchichas o una tarta hecha con bizcocho, nata y fresas, o torrijas con miel en panal y melocotones en almíbar. Aquella mañana, la señora Zimmermann estaba haciendo gofres. Lewis observó cómo

vertía una mezcla de un amarillo intenso en el molde de hierro negro. Entonces se acordó de la decisión que había tomado.

—Esto..., ¿señora Zimmermann? —le dijo.

—¿Sí, Lewis?

—Yo, esto, creo que hoy no voy a comer gofres. ¿Puedo tomar solo un bol de copos de maíz?

La señora Zimmermann se volvió hacia él y le miró, extrañada. Estaba a punto de acercarse a tocarle la frente cuando recordó lo que Jonathan le había contado sobre la pelea entre Woody y Rose Rita. La señora Zimmermann era una mujer muy perspicaz, y no tardó mucho en imaginarse lo que Lewis ocultaba. Así que se encogió de hombros y dijo:

—De acuerdo. Así tu tío y yo tocaremos a más.

Lewis consiguió mantenerse firme en su decisión durante todo el desayuno. Fue una auténtica tortura ver aquella montaña de perfectos y dorados gofres recubiertos de denso sirope de arce pasar una y otra vez frente a su nariz. Pero tragó saliva y se comió sus pastosos e insípidos copos de maíz.

Después de desayunar, Lewis bajó al gimnasio del instituto del pueblo para entrenar. Golpeó el saco de boxeo hasta que le dolieron los puños. Luego se remangó la camisa y flexionó el bíceps del brazo derecho. No sabía si estaba logrando algún resultado, así que cruzó la cancha de baloncesto para ir a buscar al señor Hartwig. El señor Hartwig era el profesor de gimnasia. Era un señor grandote y alegre que estaba siempre lanzando balones medicinales a los alumnos y diciéndoles: «¡Vamos, campeón!», «¡Dalo todo!», «¡A comerse la cancha!» y cosas así. Cuando Lewis lo encontró, el señor Hartwig estaba organizando un par de combates de boxeo amistosos entre chavales que estaban por allí aparentemente sin hacer nada.

—¡Hola, señor Hartwig! —exclamó Lewis—. ¿Puedo hablar con usted un momento?

El señor Hartwig sonrió.

—Claro que sí, Lewis. ¿En qué te puedo ayudar?

Lewis volvió a remangarse la camisa y levantó el brazo. Sacó bola..., o lo que se suponía que debía de serlo.

—¿Ve usted algo, señor Hartwig? —preguntó Lewis, esperanzado.

El señor Hartwig trató con todas sus fuerzas de contener la sonrisa. Conocía a Lewis, y algo sabía sobre sus problemas.

—Bueno, te veo el brazo —dijo despacio—. ¿Has estado entrenando hoy?

—Sí, más o menos. ¿No se nota? —Lewis volvió a sacar bola. Estaba empezando a avergonzarse de que hubiera tantos niños mirando. En condiciones normales, no habría hecho algo así delante de ellos, pero necesitaba saber si el entrenamiento estaba funcionando. El señor Hartwig era un experto. Él sabría decirle si le estaban creciendo los músculos.

El señor Hartwig le pasó el brazo alrededor de los hombros y lo apartó a un lado.

—Mira, Lewis —le dijo en voz baja—, hay que estar más de cinco minutos golpeándole al saco para hacer músculo. Tienes que entrenar semanas, meses, años, incluso. Así que no te desanimes si no se nota inmediatamente, ¿vale? Ahora vuelve y, ¡dale duro a ese saco! —El señor Hartwig sonrió, amable, y le dio un puñetazo de broma a Lewis en la tripa, que era su manera de demostrar que alguien le caía bien. Lewis contrajo la cara en una mueca. Le dio las gracias al señor Hartwig y volvió al saco de boxeo.

Pero se había desmotivado. Si iba a tardar años en conseguir un físico viril, bien podía dar el entrenamiento por terminado e irse a comer. Era casi la una, y estaba empezando a entrarle hambre.

Más tarde, Lewis estaba sentado en la barra de la tienda de los Heemsoth. Acababa de tomarse dos perritos calientes y dos botellas grandes de Coca-Cola de cereza para comer. Ahora estaba hojeando un tebeo del Capitán Marvel. El Capitán Marvel estaba luchando a tortazo limpio con su habitual elenco de villanos y bandidos. Sus puñetazos impactaban haciendo ¡ZUMBA! y ¡PUM! Lewis había intentado dar un par de ganchos en su vida, pero nunca habían impactado contra ningún mentón. Los chicos a los que había intentado encajárselos se habían limitado a reírse y apartarse. Lewis leyó todas las historias del tebeo y pasó las páginas hasta el final. En aquellas páginas había anuncios de cosas extrañas, como el Vacutex, un objeto perverso que parecía una aguja hipodérmica. Se suponía que servía para quitar puntos negros sin dejar marca. Aquel era un problema más de adolescentes. Lewis tenía otras cosas de las que preocuparse.

Llegó a la última página, y encontró el anuncio de Charles Atlas. Siempre aparecía al final, y siempre era igual: una pequeña tira protagonizada por un muchacho flacucho, que no llegaba a los cincuenta kilos, que se ponía fuerte para vengarse de un chico que le había tirado arena a la cara en la playa. Y debajo de la tira aparecía el propio Charles Atlas con un bañador blanco que a Lewis siempre le recordaba a un pañal. El señor Atlas parecía estar embadurnado en grasa, y su cuerpo, lleno de músculos, era una masa de ondas

y bultos. Meneaba el puño en dirección a Lewis, retándole a probar sus Ejercicios de Tensión Dinámica. Debajo de su foto había un cuponcito con una línea de puntos para recortarlo. Lewis había estado muchas veces a punto de hacerlo, pero por hache o por be, al final nunca se había decidido. En aquel momento, arrancó la página, la dobló con cuidado y se la metió en el bolsillo. Esa tarde, cuando llegó a casa, metió el cupón en un sobre con un cuarto de dólar y se lo envió a Charles Atlas por correo.

Lewis mantuvo la rutina de la dieta y las flexiones durante tres o cuatro días, pero al final se le empezó a hacer muy aburrido. Se palpaba los brazos constantemente, pero no notaba que le estuviera saliendo ningún músculo nuevo. Y ponerse a régimen era sinónimo de estar de mal humor casi todo el rato. Comenzó a darse cuenta de que el señor Hartwig tenía razón. Para adelgazar y ponerse fuerte como Woody había que esforzarse. Había que privarse de las cosas que de verdad querías, y tenías que dejarte el lomo haciendo cosas que eran un rollazo, como ejercicio, por ejemplo. Y ni siquiera así podías tener la absoluta certeza de conseguir tus objetivos, después de haberte esforzado tanto.

A Lewis le empezó a flaquear el ánimo, y al final tiró completamente la toalla. Decidió tomarse un respiro y retomar su plan cuando se encontrara con más fuerzas. No tardó mucho en volver a inflarse a chocolatinas rellenas de mantequilla de cacahuete de la marca Reese y repetir de tarta de bizcocho, fresas y nata montada. Dejó de hacer flexiones y no se acercaba al saco de boxeo ni aunque lo empujaran. De vez en cuando revisaba el correo para ver si le había llegado el folleto de instrucciones de Charles Atlas, pero nunca aparecía.

¡Si hubiera alguna manera fácil de ponerse fuerte! Lewis pensó en la moneda de la suerte del abuelo Barnavelt. ¿No sería fantástico que fuera mágica de verdad? Mágica para hacer papilla a sus enemigos y evitar que hicieran daño a Rose Rita. ¡Eso sería estupendo! Así podría olvidarse de la dieta y de las flexiones. Así...

Pero cada vez que Lewis fantaseaba con ello, recordaba que la señora Zimmermann había examinado la moneda y había dejado clarísimo que no era mágica. Y la señora Zimmermann era una experta en magia, así que debía de saber lo que se decía.

Por otra parte, los expertos a veces se equivocaban, como aquellos que decían que los hombres nunca conseguirían volar. Así discutía Lewis consigo mismo, se daba la razón y se la quitaba, se ponía de su parte y de la contraria, hasta que se hartaba. Luego subía a su habitación, sacaba la moneda del cajón

y la apretaba entre el índice y el pulgar. ¿No notaba un cosquilleo? No, qué va. Entonces se enfadaba y volvía a meter la moneda en el cajón y lo cerraba con un golpe. Repitió aquello mismo una, y otra, y otra vez, pero nunca pasaba nada. Lewis jugaba tanto con la moneda, manoseándola y fantaseando con ella, que empezó a considerarla su «moneda mágica». Les daba vueltas a aquellas dos palabras como si fueran un disco rallado. Intentaba sacárselas de la cabeza pensando en otras cosas, pero siempre volvían a su mente. Moneda mágica. Moneda mágica. ¿Sería solo un deseo, o se debería a alguna otra cosa?

CAPÍTULO CUATRO

A finales de octubre, una soleada tarde de sábado, Lewis y Rose Rita estaban curioseando en la biblioteca de Jonathan. Hay quienes colocan una estantería en una habitación y la llaman biblioteca, pero ese no era el caso de Jonathan. La suya estaba atestada, desde el suelo hasta el techo, de libros. Lewis solía ir a menudo a tomar alguno prestado, o simplemente a sentarse y pensar. Aquel día estaba allí con Rose Rita, buscando un lema en latín que escribir en la vela de la galera romana que estaban construyendo. La galera se había convertido en un proyecto en toda regla. Lewis y Rose Rita habían pasado un montón de tardes trabajando hasta que se les hacía de noche con tiras de madera de balsa, goma adhesiva invisible y pegamento de aeromodelismo. Ya tenían la maqueta del barco casi terminada, pero, como suele pasar, se habían quedado atascados con un detalle insignificante. Lewis había hecho un dibujo de Cayo Duilio, el gran almirante romano, en la vela, y lo había acompañado de un lema: IN HOC SIGNO VINCES. El lema lo había encontrado en un cartón de cigarrillos Pall Mall: no era apropiado, pero fue el único que había conseguido encontrar. Rose Rita le había dejado claro que el lema le parecía estúpido y sin sentido. Ahora los dos estaban rebuscando en los libros de latín de la colección de Jonathan, buscando un lema razonable, apropiado y digno. En otras palabras, estaban buscando uno que le gustara a Rita.

—¿Sabes qué, Lewis? Sería de gran ayuda que tu tío tuviera los libros más ordenados —se quejó Rose Rita.

—¿Ah, sí? A ver, ¿qué tiene de malo cómo ordena los libros mi tío? —Lewis estaba empezando a hartarse de las quejas de Rose Rita y a contestarla.

—¿Que qué le pasa? Ah, nada. ¡Solo hay que mirarlos! Esta de aquí debería ser la zona de los libros de latín, y hay novelas de aventuras, listines telefónicos antiguos, ¡y hasta un libro de la señora Zimmermann!

Lewis se sorprendió. No sabía que la señora Zimmermann hubiera escrito un libro.

—Caramba, ¡qué raro! ¿Qué tipo de libro es?

—No sé. A ver. —Rose Rita sacó de la estantería un libro polvoriento con una cubierta de cuero negro de textura granulosa. En el lomo tenía impreso, en relieve y letras doradas, el título.

Decía:

AMULETOS

por

F. H. Zimmermann

Doctora en Artes Mágicas

Rose Rita y Lewis se arrodillaron en el suelo para examinarlo. La primera página era la portada. En ella se leía:

LIBRE INVESTIGACIÓN SOBRE LAS PROPIEDADES DE LOS AMULETOS MÁGICOS

*Disertación presentada en la Facultad de Artes Mágicas de la
Universidad de Gotinga como cumplimiento parcial de los
requisitos del título de*

DOCTOR MAGICORIUM ARTIUM

(Doctora en Artes Mágicas) por

Florence Helene Zimmermann

13 de junio de 1922

Ejemplar en lingua inglesa

Lewis estaba asombrado. Asombrado y fascinado. Sabía que la señora Zimmermann había estudiado en la universidad para ser bruja, pero no tenía ni idea de que aquel libro existiera.

—Apuesto a que tu tío se enfadaría si supiera que estamos mirando esto —dijo Rose Rita, riendo.

Lewis miró hacia la puerta, nervioso. Antes, Jonathan guardaba sus libros de magia en las estanterías, con el resto de su colección. Pero le preocupaba el interés que Lewis mostraba en la magia, así que había recopilado todos los libros mágicos que había encontrado y los había llevado al armario de su dormitorio. Allí era donde estaban ahora, bajo llave. Todos salvo aquel, del que Jonathan debía de haberse olvidado.

—Sí, apuesto a que ni siquiera sabe que está aquí —dijo Lewis.

—Bueno, se lo tiene merecido por tener la biblioteca tan desordenada —dijo Rose Rita—. Vamos, veamos qué hay en él.

Lewis y Rose Rita se sentaron en el suelo y empezaron a hojear el libro de la señora Zimmermann. Encontraron mucha información sobre amuletos mágicos. Leyeron sobre el antiguo pergamino hallado en el cadáver del obispo Anselmo de Wurzburg y sobre el amuleto perdido de la reina Catalina de Medici de Francia. Finalmente, en las últimas páginas del libro, llegaron a un capítulo titulado así:

ACERCA DE LAS DIFERENTES METODOLOGÍAS DE ANÁLISIS DE AMULETOS

Lewis pensó en la moneda que tenía en el cajón, en el piso de arriba, y el tema empezó a interesarle mucho. Pero lo que leyó en un principio fue decepcionante. El libro no hacía más que repetir lo que la señora Zimmermann había dicho la noche que encontraron la moneda: solo un verdadero mago puede analizar un amuleto. La señora Zimmermann había examinado la moneda de tres céntimos usando el método que su propio libro recomendaba. Y había resultado ser una moneda corriente y moliente.

A Rose Rita estaban empezando a aburrirle los amuletos.

—Vamos, Lewis —le dijo, impaciente—. Estamos perdiendo un montón de tiempo. Vamos a ver si encontramos algo bonito que poner en nuestro barco. —Cerró el libro y empezó a levantarse.

—Espera un momento —pidió Lewis, volviendo a abrir el libro—. Hay una página más. Vamos a ver qué dice.

Rose Rita suspiró hondamente y volvió a sentarse.

Abrieron el libro por la última página, y esto fue lo que leyeron:

«Hay unos cuantos amuletos extremadamente poderosos que no responderán a los métodos de análisis que he descrito. Estos amuletos son muy escasos. Yo nunca he manejado ni he visto ninguno, pero se dice que el rey Salomón poseía uno y que Simón el Mago consiguió, no se sabe muy bien cómo, robar uno, de modo que durante un tiempo aparentó ser un gran mago.

»Estos amuletos a los que hago referencia son tan poderosos que no parecen en absoluto mágicos. No responden a ninguno de los métodos de análisis estandarizados. Aun así, se dice que responden al siguiente examen: colocar el amuleto en la mano izquierda, persignarse tres veces y pronunciar la siguiente oración: *“Immo haud daemonorum, umquam et numquam, urbi et orbi, quamquam Azazel magnopere Thoth et Urim et Thummim in nomine Tetragrammaton. Fiat, fiat. Amen”*. Entonces, si el amuleto realmente fuera uno de los que he descrito anteriormente, produciría un cosquilleo en la mano. La sensación solo duraría unos segundos, y acto seguido el amuleto volvería a

parecer tan simple e inerte como un objeto ordinario. Parecería inerte, aunque no lo estaría. Debo añadir, llegados a este punto...».

Lewis levantó la vista del libro. Tenía una luz extraña en la mirada.

—¡Oye! —dijo—. ¿Por qué no subimos a por la moneda del abuelo Barnavelt y comprobamos si es un amuleto de estos?

Rose Rita lo miró con fastidio.

—Ay, vamos, Lewis. La señora Zimmermann ya la examinó la noche que la encontramos, ¿te acuerdas?

—Sí, pero no usó este análisis. Aquí mismo dice que los amuletos poderosos de verdad no responden a las pruebas que ella hizo.

—Ajá. Y también dice que los amuletos poderosos de verdad son muy escasos.

—Bueno, la moneda del abuelo Barnavelt podría ser uno de ellos. Nunca se sabe.

Rose Rita cerró el libro con un golpetazo y se levantó.

—¡Ay, vale! Ve a por esa estúpida moneda y tráela aquí y di las estúpidas palabras mágicas y a ver qué pasa. Estoy tan harta de todo esto que tiraría tu ridícula moneda por la alcantarilla. Ahora, si dices todas estas patrañas y no pasa nada, ¿te callarás?

—Sí —respondió Lewis, sonriendo.

Lewis subió las escaleras corriendo y abrió el cajón de su mesilla de noche de un tirón. Tras un rato de revolver su contenido y rebuscar a fondo, encontró la moneda. Le martilleaba el corazón en los oídos y notaba la cara enrojecida. Cuando volvió a la biblioteca, Rose Rita estaba sentada en el sillón de cuero. Hojeaba un libro enorme lleno de ilustraciones de barcos de vela.

—¿Y bien? —preguntó, levantando la vista del libro—. ¿La has encontrado?

Lewis la miró fatal. Le hubiera gustado que se interesara más por lo que estaba haciendo.

—Sí, la he encontrado. Ahora, ven y ayúdame.

—¿Para qué necesitas que te ayude? Sabes leer, ¿no?

—Sí, sé leer, pero no tengo tres manos. Tienes que sujetarme el libro para que pueda leerlo mientras me persigno tres veces con una mano y sostengo la moneda con la otra.

—Ah, vale.

En medio de una pared de la biblioteca había una puerta de dos hojas. Las puertas eran de cristal y daban directamente a un lateral del jardín. Lewis y

Rose Rita se colocaron delante de ellas. Lewis estaba de pie, dándoles la espalda. La luz le bañaba los hombros e iluminaba las páginas del libro que Rose Rita sostenía frente a él. En la mano izquierda, Lewis tenía la moneda. Con la derecha, muy despacio, se hizo la señal de la cruz. La hizo tres veces. Entonces empezó a entonar, como había oído al padre Cahalen hacer en misa: «*Immo haud daemonorum, umquam et numquam...*».

Mientras Lewis entonaba la oración, la estancia empezó a ensombrecerse. La luz se desvaneció de las hojas de color naranja vivo del arce que había afuera, y un fuerte viento hizo tintinear las puertas de cristal. Ambas puertas se abrieron de golpe y el viento penetró en la habitación. Agitó las páginas del diccionario que había encima de la mesa, que aleteaban enloquecidas, desperdigó papeles por el suelo y tiró las pantallas de las lámparas, creando gran confusión. Lewis se dio media vuelta. Se quedó allí, en silencio, contemplando aquel extraño crepúsculo. Aún apretaba con fuerza la moneda dentro del puño.

Rose Rita cerró el libro y miró a Lewis, nerviosa. Desde donde estaba, no le veía la cara.

—Caramba, eso ha sido raro —dijo—. O sea, ha sido como..., como si acabaras de hacer que se hiciera de noche.

—Sí —dijo Lewis—. Ha sido raro cómo ha ocurrido.

No se movió ni un centímetro: se limitó a quedarse allí, contemplando la noche.

—¿La..., la moneda ha hecho algo? —preguntó Rose Rita con voz tensa y asustada.

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro. Es un fiasco. Venga, volvamos a la maqueta.

Lewis se acercó rápidamente a las puertas de cristal y las cerró. Luego ayudó a Rose Rita a recoger las cosas que el pequeño huracán había desperdigado por la biblioteca. Mientras iba de un lado a otro, enderezando y colocando objetos, tuvo cuidado de que Rose Rita no le viera la cara. La moneda había dado un respingo dentro de su puño, y no quería que su amiga se enterara.

CAPÍTULO CINCO

En cuanto Rose Rita se marchó a casa, Lewis bajó las escaleras del sótano, donde estaba el taller de su tío, armando un gran escándalo. Rebuscó en la caja de herramientas hasta encontrar las tenazas y, tras un breve forcejeo, consiguió cortar la anillita de metal que engarzaba la moneda a la cadena del reloj. Luego subió corriendo a su habitación y revolvió el cajón de su mesilla de noche hasta encontrar su vieja medallita de san Antonio. Se la regalaron cuando hizo la primera comunión, y durante un tiempo la había llevado puesta, pero luego se había cansado de ella. Después de enredar un rato con las tenazas y los alicates, consiguió enganchar la moneda a la cadena de la que antes pendía la medalla. Se la puso alrededor del cuello y fue a mirarse en el espejo.

Octubre se convirtió en noviembre, y empezó a hacer más frío. Lewis veía flotar su aliento en el aire por las mañanas cuando abría la puerta. Ahora llevaba la moneda mágica a todas partes: a la iglesia, al colegio, e incluso en la cama. Jonathan, la señora Zimmermann y Rose Rita le habían visto la cadenita alrededor del cuello en diferentes ocasiones, pero todos habían dado por supuesto que había vuelto a llevar la medallita de san Antonio. Siempre que se desvestía en su habitación, Lewis comprobaba que la puerta estuviera cerrada y con el pestillo echado.

A Lewis le habría costado explicar cómo le hacía sentir la monedita. La sensación más parecida a la que podía compararlo era la que sentía cuando iba al teatro Bijou a ver una película de piratas. A Lewis le encantaban los duelos de alfanjes, el estruendo de los cañonazos, el humo, las batallas y la sangre. Cuando salía del cine después de haber visto una, prácticamente notaba la espada colgando a su costado y el largo trabuco encajado en el cinturón. Volviendo a casa, se imaginaba que lo hacía envuelto en una pesada capa y que caminaba hacia los muelles de un puerto español, o que recorría el puesto de mando apesadumbrado mientras los cañonazos sacudían los tablones a sus pies. Se sentía huraño, fuerte, valiente, despiadado y cruel. Era una sensación

agradable, y normalmente le duraba la mitad de lo que tardaba en llegar a casa. Luego volvía a ser el Lewis de siempre.

La sensación que la moneda mágica le hacía experimentar se parecía un poco a la de haber visto una película de piratas, con la diferencia de que la de la moneda duraba más. También tenía otros efectos sobre él: para empezar, le llenaba la cabeza de planes y maquinaciones. Se pasaba el día imaginando maneras de vengarse de Woody Mingo y los demás chicos que se metían con él. Por supuesto que había soñado con vengarse de ellos antes de que la moneda mágica hubiera llegado a su vida, pero sus planes nunca habían sido tan buenos. A veces Lewis tenía que sacudir literalmente la cabeza para sacarse de la mente tretas que eran demasiado crueles como para pensar siquiera en ellas.

Y Lewis tenía la sensación de que últimamente soñaba mucho más. Sus sueños parecían a color y con banda sonora, una estimulante marcha militar. Lewis soñaba que cabalgaba a la vanguardia de un ejército o que guiaba a sus caballeros para asaltar las murallas de un castillo. También tenía otros sueños, sueños aterradores de verdad, pero esos nunca los recordaba. Simplemente se despertaba con la sensación de haberlos tenido. Así que Lewis no se quitaba nunca la moneda y esperaba que esta hiciera algo por él. Y, más o menos por la misma época, Woody Mingo empezó a hacerle la vida completamente imposible.

Era como si se pasara las noches despierto planeando hacerle maldades: en el colegio, consiguió sentarse en un pupitre cerca del de Lewis y, cuando la señorita Haggerty se daba media vuelta, echaba a correr por el pasillo que quedaba entre mesas y le pellizcaba en el cuello. Fuerte, para que le estuviera doliendo un rato. O le hacía sardinetas en el culo cuando coincidían en el baño, o le metía ratones muertos en el maletín del colegio porque sabía que a Lewis le daban muchísimo miedo los cadáveres de animales.

Probablemente lo que a Lewis más le sacaba de quicio era cuando Woody le hacía marchar por las escaleras del colegio durante los simulacros de incendio. El edificio de su colegio era alto, de ladrillo y tenía unas escaleras de madera bastante inestables. El aula de sexto estaba en el segundo piso, y cuando sonaba la alarma de incendios y todo el mundo se ponía en fila en lo alto de las escaleras, Woody se colocaba disimuladamente detrás de Lewis. Entonces le metía las manos en los bolsillos del pantalón y le obligaba a bajar los escalones diciendo: «¡Nalga izquierda, nalga derecha, un, dos, tres, cuatro, maaarchen!» hasta que Lewis llegaba abajo temblando, con el estómago revuelto y a punto de llorar.

Lewis no entendía por qué Woody se había emperrado en meterse con él. Era como esos chicos que abordan a alguien cuando va andando tranquilamente por la calle y no le dejan en paz hasta que consiguen que les diga cómo se llama y le dan un par de puñetazos en el brazo. Eran abusones, igual que Woody. Aparentemente Lewis atraía a ese tipo de chicos. Tenía la esperanza de que su moneda mágica le ayudara a plantarle cara a Woody, pero, por el momento, no lo había hecho. Lewis iba por la calle con la moneda al cuello, imaginándose que era el pirata Barbanegra o Tom Corbett, el Cadete del Espacio. Pero entonces se cruzaba con Woody y se acordaba de la navaja que este llevaba en el bolsillo y todo su valor se evaporaba. Pero tal vez la moneda aún pudiera ayudarle. Esperaba que así fuera.

Una noche, Lewis se metió en la cama pensando en cómo vengarse de Woody Mingo. Se quedó dormido fantaseando con pelotas de béisbol explosivas y sándwiches de mantequilla de cacahuete envenenada, y trampillas falsas que daban a calderos de aceite hirviendo. Así que tal vez no resulte demasiado sorprendente que esa noche tuviera un sueño emocionante y descabellado.

En el sueño Lewis se había transformado en un alto y corpulento jefe vikingo. Sus compañeros y él estaban repeliendo el ataque de unos indios. Lewis reconoció el lugar donde luchaban. Era el parque del arroyo Wilder, que quedaba justo afuera de la ciudad. Lewis había ido allí un montón de veces de pícnic. En el sueño, las mesas de madera y las parrillas de ladrillo habían desaparecido, y las malas hierbas y la vegetación habían invadido el parque. Sus hombres y él se habían colocado en un círculo en el centro y los indios los atacaban por todos lados.

Tuvo la sensación de que el sueño duraba horas. Los cuchillos zumbaban y las flechas volaban. Lewis blandía una pesada hacha de combate, y cada vez que atacaba con ella, un enemigo caía. Se abrió camino entre una horda de salvajes con los rostros pintados dando poderosas embestidas y alentando a sus compañeros con guturales gritos de guerra. Lewis golpeaba una y otra vez, y los indios caían a derecha e izquierda, pero no dejaban de llegar otros nuevos a atacarlo.

Cuando se despertó al día siguiente, Lewis estaba agotado. Agotado, pero satisfecho y triunfal, como si acabara de recorrer la zona de anotación en un campo de fútbol americano para marcar un tanto. Se quedó sentado al borde de la cama un rato, pensando en el sueño. De repente, se metió la mano bajo la parte de arriba del pijama y tocó la moneda. ¡Jolín! Parecía completamente normal, como siempre, salvo por aquella vez que había saltado en su mano,

produciéndole un cosquilleo, mientras recitaba el conjuro mágico del libro de la señora Zimmermann. Lewis estaba decepcionado. Sabía que los amuletos de gran poder parecían inertes, pero, aun así, estaba decepcionado. Después de un sueño como el que acababa de tener, debería haber notado la moneda al rojo vivo. O, al menos, eso era lo que pensaba Lewis.

Cogió la moneda y la miró con escepticismo. Aún no le había sido de ninguna ayuda. En realidad, no había hecho más que provocarle sensaciones y sueños extraños. Y quizá ni siquiera eso fuera obra de la moneda. Quizá las sensaciones y los sueños solo fueran fruto de su mente.

Lewis estaba confuso. Siguió pensando un rato más en la moneda mientras se vestía. Estaba seguro de que le había saltado en el puño aquella vez..., ¿o no? Lewis sabía que a veces se pueden notar pinchazos y hormigueos extraños en el cuerpo. Un día de verano que hacía mucho calor había notado un gusano bajándole por la espalda. Pero cuando se quitó la camisa y se miró la espalda, no tenía nada. Y si..., ¡ay, a la porra! ¡Pamplinas! Lewis sacudió la cabeza para librarse de los pensamientos encontrados que se agolpaban en su mente. Cuando terminó de vestirse, se sintió mejor. De hecho, volvía a notar aquella sensación de acabar de ver una película de piratas. Lewis se miró en el espejo. Palmeó ligeramente la moneda. Tal vez le hubiera oído. Tal vez supiera que dudaba de sus poderes. Tal vez solo deseara una oportunidad de demostrarlos. De acuerdo. Se la daría. Aquel sería el día que la moneda le ayudaría a ocuparse de Woody Mingo.

CAPÍTULO SEIS

Aquella mañana, a la hora del desayuno, Lewis le pidió a la señora Zimmermann que le pusiera el almuerzo para llevar. Dijo que iba a quedarse en el colegio en el recreo del comedor. Jonathan y la señora Zimmermann sonrieron, contentos. Se alegraban de que Lewis se divirtiera con los demás chicos en vez de esconderse en casa como si fuera un fugitivo. Y cuando salió por la puerta, los dos vieron que sonreía de oreja a oreja.

—Rose Rita ha sido una buena influencia para él —dijo Jonathan mientras se servía una segunda taza de café—. Espero que siga siéndolo.

La señora Zimmermann se quedó allí, con los ojos clavados en la puerta. Se rascó la barbilla con gesto pensativo.

—Tal vez sea bueno —dijo despacio—, pero tengo la sensación de que a Lewis le pasa algo raro últimamente. No tengo claro el qué, pero algo le pasa. ¿Has visto la pinta de cansado que tiene? Me refiero a las ojeras. Y, a pesar de todo, se moría de ganas de ir al colegio. Es extraño.

Jonathan se encogió de hombros.

—Cuando un chico como Lewis hace algo distinto, siempre resulta extraño. Pero yo no me preocuparía por él. Creo que sabe lo que se hace.

Lewis se pasó todo el camino al colegio tarareando marchas militares. Se sentía realmente genial. Pero cuando se hizo hora de salir al recreo del comedor, se notaba distinto. Empezó a preocuparse. Cuando llegó a la linde del patio, notó cómo su valor menguaba. ¿Debería dar media vuelta y volver a casa? Lewis se detuvo. Luego se recompuso, palmeó suavemente el amuleto y avanzó con zancadas rápidas y ansiosas.

Hacía un día gris de noviembre en el patio. Las canchas de fútbol y de baloncesto estaban cubiertas de pisadas heladas y surcos de ruedas de bicicleta. Aquí y allá había charcos de hielo. Lewis vio a un grupo de chicos preparándose para jugar al fútbol americano. Estaban haciendo cola para que los eligieran, y los dos capitanes estaban jugándose a cara o cruz quién era el primero en hacerlo. Cuando Lewis se acercó, vio que uno de los chicos del

grupo era Woody. De nuevo, la valentía volvió a flaquearle. Tuvo ganas de volverse a casa. Pero reprimió el miedo y se quedó.

Lewis se coló entre el grupillo de chicos que esperaban a que los eligieran. Se quedó allí con las manos en los bolsillos, confiando en que nadie se fijara en él. A su lado, un chico que daba botes y se palmeaba los costados dejó de saltar y se lo quedó mirando como si fuera un visitante del espacio exterior. ¿Qué hacía seboso allí?

Uno a uno fueron eligiendo a todos los chicos, hasta que solo quedaron dos. Eran Woody y Lewis. Woody miró a Lewis de reojo y sonrió, burlón.

—Bueno, bueno, pero si es culogordo. ¿Tu tito te ha dejado salir de la pocilga, hoy?

Lewis clavó los ojos en el suelo.

Los dos capitanes eran Tom Lutz y Dave Shellenberger. Le tocaba elegir a Tom, que miró primero a Woody y luego a Lewis. A Woody se le daban bien los deportes, pero los otros chicos evitaban elegirle porque era un camorrista.

—Ay, bueno. Venga, Woody —rezongó Tom. Woody se acercó al grupo de chicos que estaban del lado de Tom.

Por un instante, Lewis tuvo la sensación de que Dave Shellenberger iba a decirle que se fuera a casa. Eso era lo que solía pasarle las pocas veces que intentaba jugar un partido de algo con los demás chicos. Pero aquella vez, no se sabe bien por qué, Dave lo eligió. Le hizo un gesto para que se acercara a su lado.

—Vamos, gordinflas —le dijo—. Serás nuestro centro de campo. Necesitamos chicha en la línea.

Lewis estaba dentro del partido. Le costaba creérselo.

Después del saque, el balón terminó en manos del equipo de Lewis. Él se quedó plantado en el centro, inclinado, con las piernas separadas, restregando el balón de adelante atrás contra el suelo helado. El pasador comenzó una larga cuenta atrás.

—Cuarenta y tres, veinticuatro, tres, cero, catorce...

De repente, Lewis notó un golpe que lo revolvió. Un momento tenía la vista clavada en el suelo y, al siguiente, estaba de espaldas, mirando el nublado cielo gris.

—Huy, perdón. Supongo que me he adelantado.

Era Woody, por supuesto.

—¡Oye, Woody, venga! —gritó Dave—. Déjate de esas mierdas, ¿vale?

—Me parece que culogordo estaba fuera de su lugar —dijo Woody, señalando a Lewis.

—No es verdad, ¡y deja de llamarme culogordo! —Lewis volvía a estar de pie, con la cara roja y furioso.

—Así te llamas, culogordo —dijo Woody, a las bravas—. ¿O tienes otro nombre?

Lewis se abalanzó sobre Woody y le dio un puñetazo en el estómago. Woody se dobló en dos. Se le llenaron los ojos de dolor y sorpresa. El puñetazo le había dolido de verdad.

Varios chicos que estaban allí cerca reprimieron un grito. Alguien exclamó: «¡Pe-le-a! ¡Pe-le-a!» y alrededor de los dos muchachos se formó un círculo. Ahora Woody estaba furioso. Escupió en el suelo y maldijo.

—Vale, saco de tripas —gruñó, levantando los puños—. Ahora sí que te vas a enterar.

Lewis retrocedió. Tuvo ganas de darse media vuelta y salir corriendo.

Pero ya tenía a Woody encima, golpeándole con fuerza. Los puñetazos aterrizaban sobre los hombros de Lewis en una lluvia punzante. Lewis se lanzó sobre él y lo rodeó con los brazos. Entonces ambos empezaron a rodar por el suelo. Woody quedó encima, y Lewis notó que golpeaba un charco helado con la cabeza. La fina capa de hielo se resquebrajó y el agua gélida le clavó los dientes en el cuero cabelludo. Lewis miró hacia el círculo de caras expectantes, recortadas contra el cielo, suspendidas sobre ellos. Tenía a Woody a horcajadas, burlándose de él, triunfal.

—Vamos, culogordo. Diles cómo te llamas. —Woody le apoyó la mano en la cara y se la empujó. El agua congelada le hizo arder las orejas.

—No.

—¡Vamos, he dicho! ¡Diles cómo te llamas! —Woody le clavó las rodillas en los costados. La sensación era como estar atrapado en un cascanueces.

De repente, Lewis se incorporó y Woody cayó de espaldas. Entonces volvieron a rodar por el suelo, y aquella vez Lewis quedó encima. Aposentó todo su peso sobre el pecho de Woody. Pero a Woody le quedaba un brazo libre. Lo estiró y le encajó un puñetazo en la oreja. Le dolió, pero no se movió. Agarró a Woody por el pelo y le golpeó la cabeza contra el suelo.

—¡Vamos, Woody! ¡Di que te rindes!

Woody fulminó a Lewis con la mirada, desafiante.

—No.

Lewis levantó el puño, pero entonces dudó. Siempre le habían dicho que no estaba bien golpear a una persona que estaba tirada en el suelo. Tal vez podría quedarse sentado encima de él hasta que se rindiera. Pero mientras lo

pensaba, una potencia ajena se apoderó del puño de Lewis y lo estrelló con fuerza contra la nariz de Woody. Le empezó a salir sangre a chorros de ambos huecos. Se le derramaba por la boca y la barbilla.

Lewis retiró la mano y se aferró el pecho con ella, como si temiera lo que pudiera hacer si volvía a dejarla suelta. Cuando miró al suelo, vio que Woody lo miraba con unos enormes ojos asustados.

—Me..., me rindo —tartamudeó.

Lewis se levantó y retrocedió. Los chicos que habían presenciado la pelea se miraron entre sí, incrédulos. Nadie sabía qué decir. Todos habían dado por hecho que Woody iba a hacer papilla a Lewis.

Woody se levantó despacio. Lloraba, y se limpió la sangre de la nariz con la manga. Un chico corrió al colegio a por un paño frío para que Woody se lo pusiera en la nariz mientras los demás le recomendaban que echara la cabeza hacia atrás y que se hiciera presión en el puente apretando con dos dedos. Precisamente por lo mismo, Lewis era un héroe. Dave Shellenberger le dio una palmada en la espalda y dijo:

—¡Bien hecho, chavalín!

Otro chico le preguntó si había estado haciendo ejercicio. Al final, cuando los chicos terminaron de curarle la nariz a Woody, preguntaron a Lewis si quería seguir jugando un rato más con ellos al fútbol. Dave le dijo que podía ser corredor de poder, si quería.

—Caramba, no gracias, chavales. Me acabo de acordar de que tenía que hacer una cosa. Os veo luego —respondió Lewis. Se despidió de ellos con la mano y se alejó.

En realidad, Lewis no tenía nada que hacer. Solo quería quedarse a solas con sus pensamientos. Así que se alejó hacia una zona tranquila del patio y empezó a caminar en círculos. Y, mientras caminaba, iba también pensando.

Se había imaginado que se sentiría genial tras su victoria, pero no era así. Era raro, pero lo lamentaba por Woody, a quien había puesto en ridículo delante de todos aquellos chavales. Woody tenía reputación de chico duro. Y ahora todo el mundo empezaría a meterse con él. Y a Lewis también le preocupaba otra cosa. Él no había pretendido darle un puñetazo a Woody en la nariz. Era como si alguien le hubiera cogido el brazo y se lo hubiera manejado como si fuera una cachiporra. Lewis sabía que había sido el amuleto, pero, de todas maneras, seguía sin gustarle. No le hacía gracia la idea de que lo manejaran como una marioneta atada a una cuerda. Había deseado ayuda mágica, pero deseaba tener el control de dicha ayuda.

Después de dar unas cuantas vueltas más, Lewis sacó el reloj y lo miró. El recreo del comedor ya casi había terminado. Tal vez se sintiera mejor si le contaba a Rose Rita lo que había hecho, obviando la parte del amuleto, claro. Sí. Eso era buena idea. Le contaría todo lo que había pasado en su tremenda pelea con Woody, y ella se sentiría orgullosa de él. Y eso le haría sentirse mejor con todo aquello.

Lewis sabía dónde encontrar a Rose Rita. Haciendo de pícher en el campo de sófbol de las chicas. No era temporada de sófbol, pero a las chicas no les dejaban hacer melés y ensuciarse las faldas jugando al fútbol americano, así que jugaban al sófbol en otoño hasta que empezaba a nevar.

Lewis llegó al diamante de las chicas justo cuando Rose Rita lanzaba la pelota a la base. La bateadora, una chica de trenzas rubias, golpeó como si estuviera cortando leña. Falló.

Era el último lanzamiento de la entrada, y, de todas maneras, estaba sonando el timbre para volver a clase. Cuando Rose Rita salió del diamante, Lewis se dio cuenta de que parecía fastidiada. Pero, en cuanto lo vio, se alegró.

—¡Hola, Lewis! —le saludó con la mano. Se detuvo frente a él, puso una mueca horrible y se llevó el índice a la frente imitando una pistola con la que se fuera a volar los sesos—. ¡Aaah! —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Lewis.

—Ah, nada. Es solo que Lois Carver batea de pena. La elimino cada vez que le toca. Esta última entrada he lanzado con los ojos cerrados solo para ver qué pasaba. Pero de todas maneras ha fallado los tres lanzamientos y ha quedado eliminada.

—¿En serio? —Lewis no estaba prestando mucha atención a lo que decía Rose Rita. Quería contarle lo de su pelea—. Yo me he peleado con Woody Mingo —le dijo.

Rose Rita parecía sorprendida.

—Ya veo. ¿Por eso tienes la oreja hinchada?

—Sí, pero yo le he dejado peor. ¡Pum! ¡En todos los morros! —Lewis intentó imitar el puñetazo que le había dado.

Rose Rita le miró incrédula.

—Ay, venga, Lewis. ¡Deja de contarme cuentos! A mí no tienes que mentirme. No me voy a burlar de ti porque te hayan pegado.

De repente, Lewis se enfadó muchísimo. Se giró hacia Rose Rita y le gritó lo más alto que pudo:

—Vale, pues si eso piensas, me buscaré a otra mejor amiga. —Giró sobre sus talones y se alejó a grandes zancadas, añadiendo a gritos, por encima del hombro—: ¡Nos vemos por ahí!

Lewis se dirigió a paso enérgico hacia el colegio. Caminaba deprisa y no miró atrás. Cuando llegó a la puerta, se dio cuenta de que estaba llorando.

CAPÍTULO SIETE

Aquel día, en cuanto llegó a casa del colegio, Lewis llamó a Rose Rita por teléfono, pero contestó su madre, que le dijo que todavía no había llegado. Lewis volvió a intentarlo más tarde y dio con ella. Los dos trataron de disculparse al mismo tiempo. A Rose Rita varias personas le habían contado lo de la pelea de Lewis con Woody, y le pidió perdón por haber dudado de él. Lewis se disculpó por haber perdido los nervios. Cuando la conversación terminó, aparentemente, todo parecía arreglado. Por el momento, al menos.

Pocos días después de la pelea con Woody Mingo, Lewis empezó a tener la sensación de que iba a recibir visita. No sabía por qué tenía esa impresión, pero lo cierto es que así era.

Empezó a sentirlo mientras ponía la mesa. Se le cayó un cuchillo al suelo, y se acordó de aquel viejo refrán que decía: «Si se te cae un cuchillo al suelo, un visitante vendrá al vuelo». Por lo general, Lewis no creía en dichos y supersticiones antiguas. Pero la sensación era tan fuerte que empezó a preguntarse si aquel viejo proverbio no tendría algo de verdad.

Aquella noche, Lewis se sentó en el alféizar acolchado de su ventana a ver caer la nieve. Era la primera nevada del invierno. Lewis siempre esperaba las primeras nieves con impaciencia y, si no cuajaba, se enfadaba. Pero aquella noche parecía que sí iba a hacerlo. Se arremolinaba al otro lado del cristal y flotaba dibujando oníricas figuras bajo el gran castaño. Centelleaba a la fría luz de la farola que había frente a la casa de Lewis. Se amontonaba en las cornisas de las ventanas y las puertas.

Lewis estaba allí sentado, pensando en todas las cosas que haría cuando se acumulara nieve suficiente en el suelo. Como bajar en trineo por la colina Murray con Rose Rita, por ejemplo. O volver a casa desde la iglesia por la noche con Jonathan y la señora Zimmermann. O pasear por las calles nevadas a solas bajo la luz de la luna e imaginar que la muralla de nieve entre la acera y la calle era la de un castillo, y que él recorría sus baluartes, planeando cómo repeler un ataque enemigo.

Lewis cerró los ojos. Estaba muy feliz. Entonces, frente a sus párpados cerrados, apareció una imagen. Una imagen muy extraña.

Lewis solía ver imágenes en la oscuridad por la noche, justo antes de dormirse. A veces veía, con total claridad, las calles de Constantinopla, o las de Londres. Nunca había estado en aquellas ciudades, así que en realidad no sabía qué aspecto tenían, pero se imaginaba estar contemplándolas. Veía cúpulas, minaretes y campanarios, torres y avenidas. Aparecían en la oscuridad tras sus párpados.

La imagen que le vino a la mente en aquel momento fue la de un hombre que caminaba por la carretera que iba desde Homer hacia New Zebedee. Era una sinuosa calzada secundaria que conectaba la ciudad de New Zebedee con el diminuto pueblecito de Homer. Lewis había pasado bastantes veces por ella el verano anterior, yendo y viniendo de la casita de campo que la señora Zimmermann tenía en el lago Lyon. Mientras Lewis la contemplaba, la imagen se movió. El hombre caminaba por el centro de la carretera, dejando huellas en la nieve a su paso. Como la única luz que iluminaba la escena era la de la luna, Lewis no alcanzaba a distinguirlo bien. De hecho, ni siquiera veía lo suficiente como para diferenciar si era un hombre o una mujer, pero, aunque no sabía por qué, estaba convencido de que era un hombre. Vestía un largo abrigo que ondeaba en torno a sus tobillos mientras caminaba. Y lo hacía muy deprisa.

Ahora el hombre estaba pasando junto a la gasolinera de Eldridge Corners. Se detuvo a mirar el viejo letrero oxidado y luego tomó la bifurcación que pasaba junto a la planta eléctrica, siempre vibrante e intensamente iluminada. Ahora estaba cruzando las vías del tren que había justo antes de llegar a la ciudad.

Lewis abrió los ojos y miró al jardín nevado. Sacudió la cabeza. No sabía si le gustaba demasiado la imagen que acababa de ver. Era incapaz de explicar por qué le asustaba aquella silueta oscura, pero lo hacía. Esperaba que no fuera el visitante que supuestamente estaba en camino.

Una tarde, poco después de que Lewis hubiera tenido aquella extraña visión nocturna, sucedió otra cosa. Estaba volviendo a su casa desde la de Rose Rita. Iba andando tranquilamente, contemplando su sombra, cuando vio que, en la acera, frente a él, había un trozo de papel. No supo por qué, pero se paró a recogerlo.

No era más que una hoja de papel de cuaderno con renglones azules en la que algún niño había estado practicando caligrafía. En la parte superior de la página había uno de esos arcoíris dobles que se hacen para practicar en las

clases de escritura. Debajo había una hilera de nítidas uves minúsculas, y luego otra, esta vez de uves mayúsculas. Las mayúsculas eran iguales que la uve de «*Venio*», la palabra que había leído en la postal.

Lewis notó que le martilleaba el corazón. Miró fugazmente la parte inferior de la página y vio la palabra que tanto temía. Estaba escrita en el último renglón de la hoja.

The image shows the word "Venio" written in a fluid, cursive script. The letters are dark and connected, with a prominent loop at the start of the 'V' and a long, sweeping tail for the 'o'.

A Lewis se le revolvió el estómago y empezó a temblar. En el folio, la palabra se contorsionaba frente a sus ojos. Mientras Lewis estaba allí, tiritando, una repentina ráfaga de viento le arrancó el papel de la mano y lo arrastró al otro lado de la calle. Empezó a perseguirlo, pero el viento soplaba con tal fuerza que cuando la cruzó corriendo para alcanzarlo, el papel había desaparecido. Igual que la postal.

Lewis volvió a sentir aquel escalofrío que le producía náuseas. El corazón seguía martilleándole con fuertes latidos bajo el abrigo de invierno.

—«*Venio*» significa «Voy» —repetía Lewis para sí—. «*Venio*» significa «Voy».

Pero ¿quién venía? ¿El hombre que Lewis había visto en su imaginación? ¿La figura oscura de la carretera de Homer? Quienquiera que fuera, Lewis no quería conocerlo.

Mientras regresaba caminando a casa, se puso a discutir consigo mismo. Era lo que hacía siempre que intentaba combatir sus miedos. Imaginaba «explicaciones lógicas» para las cosas que temía, y a veces aquellas explicaciones las ahuyentaban..., durante un rato, al menos. Cuando llegó a su casa, Lewis se había convencido de que la postal que había recibido a medianoche era algo que había soñado. Al fin y al cabo, uno no siempre distingue cuándo está despierto y cuándo dormido. Simplemente, había soñado que había bajado las escaleras y había encontrado una postal en la que se leía «*Venio*». Pero ¿qué pasaba con el papel que acababa de encontrar en la calle? Bueno —argumentó Lewis—, aquello solo era obra de algún niño de parvulario engreído que había aprendido a escribir en latín, nada más. Era simple coincidencia que hubiera usado la misma palabra que se leía en la postal. O tal vez Lewis simplemente se hubiera imaginado haber leído

«Venio» en la hoja de papel. Podría haberlo confundido con Verónica, o algún nombre parecido...

Cuando colgó el abrigo y se dirigió al comedor para cenar, Lewis seguía discutiendo mentalmente consigo mismo. Sus ingeniosas explicaciones no terminaban de convencerle del todo, pero le hacían sentir mejor. Le ayudaban a defenderse del miedo impreciso que empezaba a tomar forma en su mente.

Aquella tarde, Lewis decidió ir a hacer los deberes a la biblioteca pública de la ciudad. Era un lugar agradable para trabajar, con sus viejas mesas llenas de rayones y sus lámparas de pantallas verdes. Lewis iba mucho allí, ya fuera para coger libros prestados o para consultar algo. Metió los libros del colegio en su maletín y se dirigió a la biblioteca silbando alegremente y dejando huellas en la nieve.

Lewis estuvo trabajando en la biblioteca hasta la hora del cierre, que era a las nueve de la noche. Entonces recogió sus libros y se preparó para marcharse. Las nueve era un poco tarde para andar solo por las calles de New Zebedee, pero no le preocupó. En New Zebedee nunca pasaba nada malo. Y, además, llevaba su amuleto consigo.

Lewis estaba a unas tres manzanas de la biblioteca cuando vio a alguien bajo la farola de la esquina. En un primer momento, se asustó. La silueta oscura de la carretera de Homer destelló frente a sus ojos. Pero entonces se echó a reír. ¿Cómo era tan tonto? Seguro que no era más que el viejo Joe DiMaggio.

En New Zebedee había un vagabundo que se hacía llamar Joe DiMaggio. Llevaba una gorra de los Yankees de Nueva York y repartía bolígrafos con forma de bates de béisbol. En ellos se leía «Joe DiMaggio». A veces Joe ayudaba a la policía a vigilar las puertas de las tiendas de Main Street. Y otras se agazapaba bajo las farolas para abalanzarse sobre los niños y gritarles: «¡Buuu!». Probablemente fuera él quien estaba bajo la luz. El bueno del viejo Joe.

—¡Hola, Joe! —le llamó Lewis, saludando con la mano a la silueta inmóvil.

Aquella figura salió del foco de la farola y avanzó un paso. Ahora estaba frente a Lewis. El muchacho olió algo. Cenizas frías. Cenizas frías y húmedas.

La alta silueta, cubierta por un manto, se quedó allí plantada, sin decir nada, cerniéndose sobre Lewis. A este se le revolvió el estómago. Joe era un hombrecillo menudo. Quien fuera que estuviera allí, no podía ser él. Lewis forcejeó, histérico, con la cremallera de su abrigo. Cerró la mano sobre la

parte de la camisa bajo la que tenía el amuleto, apretando la tela para encerrar aquel pequeño objeto duro en su puño. Y, al hacer aquello, la figura avanzó de repente con un paso ágil y extendió ambos brazos lo máximo que pudo.

Lewis soltó el amuleto con un chillido. Se dio media vuelta y corrió, corrió como alma que lleva el diablo, tropezando con los bancos de nieve, hundiendo los pies en los charcos de nieve derretida y volviéndolos a sacar empapados, resbalando sobre lisas planchas de hielo hasta llegar a los peldaños de piedra de la biblioteca. Entonces los subió a gatas y estrelló las manos con violencia contra las puertas de cristal. Las aporreó hasta que le escocieron las palmas. No acudió nadie.

Finalmente vio encenderse una luz en el recibidor de la biblioteca. La señorita Geer seguía allí. Gracias a Dios.

Lewis se quedó en la puerta, con la cara y las manos apretadas contra el cristal. Estaba a punto de volverse loco de miedo. Esperaba notar unas manos arañándole la espalda en cualquier momento, que le dieran media vuelta y le empujaran contra..., no se atrevía a imaginar el qué.

La señorita Geer apareció por fin. Era una mujer anciana y artrítica, así que caminaba muy despacio. Ahora estaba forcejeando con el pestillo. Entonces, la puerta se abrió hacia dentro.

—¡Por el amor de Dios, Lewis! Cuando le cuente a tu tío cómo estabas aporreando la puerta... —La señorita Geer dejó de regañarle cuando Lewis la abrazó y sacudió su frágil cuerpo de anciana con sus sollozos atemorizados—. Tranquilo, tranquilo, Lewis. No pasa nada, no pasa nada, qué ha... —La señora Geer no era una anciana cascarrabias, ni mucho menos. Le gustaban los niños, y Lewis le caía particularmente bien—. Por amor del cielo, Lewis, qué ha pasado para que te pongas...

—Por favor, señorita Geer, llame a mi tío —sollozó Lewis—. Llámele y dígame que venga a buscarme. ¡Hay alguien ahí fuera, y tengo miedo!

La señorita Geer le miró y sonrió, bondadosa. Conocía bien a los niños y sus imaginaciones desatadas.

—Tranquilo, tranquilo, Lewis. Está todo bien. Siéntate aquí en el escalón e iré a llamar a tu tío. No me llevará más de un minuto.

—No, no se vaya, señorita Geer. Por favor, no lo haga. Quiero..., quiero acompañarla.

Así que Lewis siguió a la señorita Geer a su despacho y se quedó allí de pie, cambiando el peso de un pie a otro, nervioso, mientras ella le pedía al operador que la comunicara con la residencia Barnavelt. A Lewis le pareció que su tío tardaba una eternidad en responder al teléfono, pero por fin lo hizo.

Entonces la señorita Geer y él charlaron un rato. Lewis no dedujo demasiado de los ruidos que hacía la señorita Geer, pero parecía evidente que Jonathan estaba sorprendido. Y tenía buenas razones para ello.

En cuestión de pocos minutos, el gran coche negro de Jonathan se detuvo frente a la biblioteca. Lewis y la señorita Geer lo estaban esperando en los escalones de la entrada. En cuanto Lewis entró en el coche, Jonathan se volvió hacia él y le preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Ha sido..., ha sido algo horrible de verdad, tío Jonathan. Era un fantasma, o un monstruo, o algo y ha..., ha intentado cogerme. —Lewis se tapó la cara con las manos y se echó a llorar.

Jonathan le pasó el brazo alrededor de los hombros e intentó consolarlo.

—Ya, ya, Lewis..., no llores. No pasa nada. Probablemente solo era alguien intentando asustarte. Halloween ya ha pasado, pero siempre hay alguno que no se entera. No te preocupes. Ahora estás bien.

Aquella noche, Lewis la pasó tumbado en la cama, despierto, escuchando su corazón latir. La puerta de su armario estaba abierta, y veía la ropa colgada en una hilera de siluetas borrosas. ¿Se estaban moviendo? ¿Habría algo allí, tras ella?

Lewis se revolvió en la cama hasta quedar sentado y buscó a tientas, histérico, el interruptor de su lamparita de noche. Se desplomó sobre la lámpara antes de encontrarla, pero al final la luz se encendió. Allí no había nada. No había siluetas oscuras aguardando para abalanzarse sobre él. Ninguna que él viera, al menos. Tardó un buen rato en reunir el valor para salir de la cama y mirar en el armario. Pero al final lo hizo. Tras la ropa colgada no había nada. Nada más que escayola, polvo y zapatos viejos. Lewis volvió a meterse en la cama. Pensó en intentar dormir con la luz encendida, aquella noche.

Lewis se revolvía y daba vueltas. Se acostó de un lado, y luego del otro. Daba igual lo que hiciera. Aquella noche no iba a dormir. Bueno, pues si no iba a dormir, bien podía dedicarse a pensar. Tampoco tuvo que esforzarse mucho. Lewis sabía perfectamente qué había detrás de todas las cosas extrañas que le habían estado pasando últimamente. El amuleto. Todas sus explicaciones lógicas se habían evaporado, y ahora solo tenía una idea en la cabeza: el amuleto estaba maldito. Estaba maldito, y más le valía deshacerse de él. ¿Qué más daba que le hubiera ayudado a pegar a Woody Mingo? ¿Qué más daba que le hiciera sentir lo mismo que después de ver una película de piratas? Lewis pensó en lo que había sentido cuando cerró el puño en torno al

amuleto y la silueta oscura se abalanzó sobre él. Se estremeció. Tenía que deshacerse de él, y no había más que hablar.

Lewis se llevó las manos al cuello. Pero cuando las tuvo a apenas unos centímetros de la cadena, dejaron de avanzar. Hizo fuerza y gruñó, pero no pudo obligarlas a avanzar más. Le temblaban. Tiritaban como las de un anciano espástico. Pero se negaban a coger la cadena para que Lewis pudiera quitarse el amuleto.

Se sentó en la cama, jadeando. Tenía la parte de arriba del pijama empapada de sudor. Se miró las manos. ¿Había perdido el control sobre ellas? Lewis estaba asustado. Asustado de verdad. Y se sentía impotente. ¿Qué iba a hacer, si no podía quitárselo? Imaginó que la cadena y el amuleto se le iban incrustando en el cuerpo a medida que crecía, hasta convertirse en una línea curva y abultada en su piel que indicara el lugar que habían ocupado. El miedo de Lewis ya rayaba en el pánico. Salió de la cama de un salto y empezó a recorrer la habitación en círculos. Tendría que calmarse antes de decidir qué hacer.

Miró a la chimenea y sonrió. En aquella enorme y antigua mansión, todas las habitaciones tenían una chimenea. La de su dormitorio era de mármol negro, y había leña en el hueco, aunque no estaba encendida. Ramitas secas en la base y palos más grandes por encima, en los morillos. En la repisa había una caja de cerillas. Lewis las cogió y se arrodilló para encenderlas.

En cuestión de pocos minutos, tenía un buen fuego encendido. Lewis puso la pantalla protectora y se sentó en la alfombra a contemplarlo. ¿Debería contarle al tío Jonathan lo del amuleto? Jonathan era mago. Él sabría qué hacer. ¿O a la señora Zimmermann? Ella era bruja, más poderosa incluso que Jonathan. Pero Lewis temía cómo reaccionarían cuando descubrieran que había vuelto a jugar con la magia. Debería haberle devuelto su libro a la señora Zimmermann en cuanto lo encontró. Cuando descubriera lo que había hecho, probablemente se enfurecería. ¿Y qué haría Jonathan? ¿Decidiría que un año siendo su tutor legal había sido suficiente? ¿Le mandaría a vivir con el tío Jimmy y la tía Helen? La tía Helen tenía el carácter de una tubería agujereada. Se pasaba la vida sentada en una mecedora, quejándose de su asma. Lewis se imaginó cómo sería vivir con ella. No, no quería contarles a Jonathan y a la señora Zimmermann lo del amuleto.

Entonces ¿a quién podía contárselo? A Rose Rita. Lewis sonrió. Claro. La llamaría por la mañana y decidirían juntos qué hacer. Si no conseguía quitárselo él solo, Rose Rita podría ayudarlo.

El fuego crepitó alegremente. Lewis tenía mucho sueño. Después de asegurarse que la pantalla de la chimenea estaba en su sitio, se arrastró a la cama y se desplomó en ella. Si aquella noche tuvo algún sueño, después Lewis no lo recordó.

CAPÍTULO OCHO

A la mañana siguiente, cuando se despertó, Lewis vio su habitación inundada por una resplandeciente luz invernal. La silueta oscura que lo había estado acechando bajo la farola se le antojaba algo que hubiera leído o soñado. Mientras se vestía, la sensación de acabar de haber visto una película de piratas volvió a invadirle. Se sentía de maravilla. ¿Debería contárselo a Rose Rita, al fin y al cabo? Lewis dudó. Sí, tal vez debería, aunque solo fuera para quitarse el peso de encima. Podía llamarla antes de desayunar para pillarla antes de que saliera de casa. Pero cuando llegó al teléfono, no le quedaba ni gota de determinación. Se quedó allí plantado frente al aparato, con el auricular en una mano mientras el operador preguntaba: «¿Con qué número, por favor? ¿Con qué número?», y luego colgaba. Ay, bueno. Ya hablaría con ella en clase.

Aquel día Lewis vio a Rose Rita varias veces en el colegio. Pero cuando se disponía a decir algo sobre aquel asunto, siempre notaba cómo se le tensaba algo por dentro, y terminaba hablando del equipo de fútbol americano de Notre Dame, o de la maqueta de la galera que estaban haciendo, o de la señorita Haggerty, pero no del amuleto. Cuando volvió a casa después de clase, Lewis aún no había conseguido contarle a Rose Rita lo que quería. Pero mientras caminaba hacia su casa bajo el crepúsculo invernal, Lewis vio las farolas encendidas. Se detuvo. Se le llenó la frente de gotitas de sudor. El espanto de la visión de la silueta bajo la farola lo barrió como una oleada gélida. Lewis se recompuso. Apretó los dientes y los puños. Iba a tener que contarle a Rose Rita lo del amuleto, e iba a hacerlo aquella misma noche.

Esa tarde, en mitad de la cena, Lewis apoyó el tenedor en la mesa, tragó varias veces y dijo con voz ronca y seca:

—Tío Jonathan, ¿puedo invitar a Rose Rita a quedarse a dormir esta noche?

Jonathan se sorprendió.

—¡Mmm! Vaya, Lewis, es muy poca antelación, pero veré qué puedo hacer. Tendré que preguntarle a su madre antes.

Después de cenar, Jonathan llamó a la señora Pottinger por teléfono y consiguió que diera permiso a Rose Rita para quedarse a dormir en la mansión de los Barnavelt. Por accidente, se enteró también de que Lewis todavía no le había preguntado a su amiga si le apetecía, así que arrastró a Lewis junto al teléfono y le obligó a hacer una petición formal. Luego lo organizaron todo. Lewis y Jonathan subieron a una de las muchas habitaciones vacías del primer piso, hicieron una cama y prepararon toallas de invitados. Lewis estaba emocionado. Se moría de ganas de pasar la noche jugando a las cartas, contando historias y charlando. Tal vez incluso podría hablarle de su amuleto.

Cuando Rose Rita llegó a casa de Lewis, la mesa del comedor estaba preparada para una partida de póquer. Sobre ella estaba la baraja de naipes azules y dorados con la leyenda ASOCIACIÓN DE MAGOS DEL CONDADO DE CAPHARNAUM impresa en el dorso y las monedas extranjeras que Jonathan usaba a modo de fichas. En una bandeja con un ribete de color morado vivo había una enorme montaña de galletas con trocitos de chocolate y una jarra de leche. La señora Zimmermann también estaba allí, y prometió no hacer ningún truco raro con las cartas. Todo estaba listo.

Estuvieron un buen rato jugando. Entonces, justo cuando Jonathan estaba a punto de anunciar que era hora de irse a la cama, Lewis preguntó si podía hablar un momento a solas con Rose Rita en la biblioteca. Cuando lo hizo, Lewis volvió a notar aquella tirantez en el pecho. Y un dolor agudo exactamente donde tenía el amuleto.

Jonathan rio y vació la pipa en la maceta de la planta que había detrás de su sillón.

—Claro —dijo—. Claro, id. Secretos de Estado, ¿eh?

—Sí, algo así —respondió Lewis, sonrojándose.

Lewis y Rose Rita fueron a la biblioteca y cerraron las pesadas hojas paneladas de las puertas. En aquel momento, Lewis se sentía como si estuviera intentando respirar bajo el agua. Pero consiguió pronunciar las palabras, una a una.

—¿Rose Rita?

—¿Sí? ¿Qué te pasa, Lewis? Estás muy pálido.

—Rose Rita, ¿te acuerdas de cuando le leímos... aquellas palabras mágicas a la moneda? —Lewis calló y puso una mueca de dolor. Sentía un

dolor penetrante en el pecho.

Rose Rita parecía confundida.

—Sí, me acuerdo. ¿Qué pasa con eso?

Lewis notó como si alguien le estuviera clavando agujas al rojo vivo en el pecho.

—Bueno, yo... mentí al respecto. —Ahora le manaba el sudor a chorros de la cara, pero se sintió triunfal, porque estaba ganando a lo que fuera que estuviera intentando impedirle contar la verdad.

Rose Rita abrió los ojos de par en par.

—¿Mentiste? O sea, que en realidad la moneda es...

—Sí. —Lewis rebuscó bajo la camisa y la sacó para que su amiga pudiera verla. No le habría sorprendido notarla al rojo vivo. Pero estaba fría al tacto, y tenía el mismo aspecto de siempre.

Ahora que le había contado lo importante, Lewis notó que podía hablar con mayor libertad. Le contó a Rose Rita que le había dado un puñetazo a Woody sin querer hacerlo, lo de la postal y el papel que había encontrado en la calle y lo de la figura bajo la farola. Ahora todo le salía rodado. Habló cada vez más rápido hasta que se quedó sin nada más que añadir.

Rose Rita estuvo sentada, asintiendo y escuchando, durante todo su discurso. Cuando hubo terminado, dijo:

—Caramba, Lewis, ¿no crees que deberíamos contárselo a tu tío y a la señora Zimmermann? Ellos saben de estas cosas.

Lewis parecía aterrorizado.

—¡Rose Rita, por favor, no! ¡Por favor, por favor, no! Mi tío se enfadaría y me regañaría y..., y no sé qué pensarían la señora Zimmermann y él. Me dijeron que no volviera a meterme en asuntos de magia. ¡Por favor, no les digas nada!

No hacía tanto que Rose Rita conocía a Lewis, pero sabía que le preocupaba mucho que le regañaran. Le preocupaba incluso cuando no estaba haciendo nada malo. Y en realidad no sabía cómo reaccionaría Jonathan. Tal vez perdiera los nervios de verdad. Así que se encogió de hombros y dijo:

—Bueno, vale. No se lo diremos. Pero creo que tienes que darme esa maldita cosa para que la tire por la alcantarilla por ti.

Lewis pareció dudar. Se mordió el labio.

—Igual podríamos..., no sé, esconderlo un tiempo. Nunca se sabe. Cuando crezca, tal vez pueda hacer algo con él.

Rose Rita le miró por encima de las gafas.

—¿Como ir a la luna? Vamos, Lewis. Déjate de tonterías. Tú lo que no quieres es quitártelo. Dámelo. —Extendió la mano abierta.

A Lewis, de repente, se le endureció el rostro. Volvió a guardarse la moneda debajo de la camisa.

Rose Rita se lo quedó mirando un momento. Luego se quitó las gafas, plegó las patillas y se las metió en la funda que tenía en el bolsillo de la camisa. Se abalanzó sobre él y, al primer intento, agarró con ambas manos la cadenita de la que colgaba la moneda.

Lewis también agarró la cadena, y forcejeó para mantenerla alrededor de su cuello. Luchó mucho, y a Rose Rita le sorprendió la fuerza que tenía. Una vez se había peleado con él en broma, y no le había costado ganarle. Pero aquella vez era distinto. Se tambalearon por la biblioteca, tirando de un lado y de otro. A Rose Rita se le puso la cara roja, y a Lewis también. Ninguno pronunció palabra.

Al final Rose Rita dio un fuerte tirón y consiguió arrancarle la cadena, que se deslizó entre los dedos doloridos de Lewis. Y, cuando lo hizo, su amigo gritó con violencia y se abalanzó sobre ella. Le arañó un lado de la cara con la mano. Le hizo sangre.

Rose Rita se plantó en el centro de la estancia, jadeando. En una mano tenía la cadena de la que pendía la moneda. Con la otra se tocó suavemente la humedad de la mejilla. Ahora que no tenía el amuleto, Lewis se sentía como si acabaran de despertarle bruscamente de un sueño. Parpadeó, miró a Rose Rita y sintió mucha vergüenza. Las lágrimas le afloraron a los ojos.

—Caramba, lo siento, no quería. No quería. —Fue lo único que fue capaz de decir.

Las puertas de la biblioteca se abrieron y Jonathan entró por ellas.

—Dios santo, ¿qué está pasando aquí? He oído un grito y me ha parecido que estaban matando a alguien.

Rose Rita se guardó apresuradamente la moneda y la cadena en el bolsillo de los pantalones.

—Ah, no ha sido nada, señor Barnavelt. Le he prestado a Lewis mi Anillo Decodificador de Secretos del Capitán Medianoche, y cuando le he dicho que ya lo había tenido un buen rato nos hemos peleado por él.

Cuando se volvió para mirarle, Jonathan vio la mejilla ensangrentada de Rose Rita.

—¿Que no ha sido nada? ¿Que no ha sido nada? ¿Eso te lo ha hecho Lewis? —Jonathan se volvió hacia Lewis, y estaba a punto de echarle una buena regañina cuando Rose Rita le interrumpió—. No es lo que usted se

piensa, señor Barnavelt. Yo... me estaba rascando con la patilla de las gafas. Ya sabe, esa parte que se engancha en la oreja. Bueno, debe de haberse afilado de alguna manera, ¡porque me he hecho un buen araño! —A Rose Rita se le daba muy bien inventarse explicaciones sobre la marcha. Lewis se sintió agradecido.

Jonathan miró primero a Lewis y luego a Rose Rita. Había algo sospechoso en todo aquello, pero no sabía exactamente el qué. Pensó en las peleas que él mismo había tenido con su mejor amigo en el colegio y sonrió.

—Bueno, vale, mientras ya lo hayáis arreglado.

Esa misma noche, más tarde, cuando todo el mundo dormía, Rose Rita bajó las escaleras de puntillas y abrió la puerta. Llevaba solamente las pantuflas, el pijama y la bata, pero salió de todas maneras, bajó por el sendero, despejado de nieve con la pala, y cruzó la verja de hierro. Caminó hasta la esquina y se detuvo junto a la rejilla de hierro del sumidero. El agua de la nieve derretida se colaba por ella con un sonido de risilla ahogada. Rose Rita sacó el amuleto del bolsillo del albornoz. Lo hizo oscilar sobre la rejilla, balanceando la cadena. Lo único que tenía que hacer era soltarlo, y adiós amuleto para siempre.

Pero no lo soltó. Una sugerencia que no parecía proceder de su interior le dijo que no debería deshacerse de él. Rose Rita estuvo allí un minuto, contemplando aquel extraño y diminuto objeto que tantos problemas había causado a Lewis. Volvió a meterse la moneda en el puño y se la guardó en el bolsillo de la bata. Mientras regresaba a la casa, pensó: «Tal vez Lewis tenga razón, después de todo. Deberíamos esconderla un tiempo y ver qué pasa. Le diré que la he tirado, para que no me dé la tabarra con ella. Tal vez pueda usarla cuando sea mayor. Para entonces podría haberse convertido en un gran mago o algo así. Yo se la guardaré». Se metió la mano en el bolsillo para comprobar si la moneda seguía allí. Sí, seguía allí. A mitad de camino se detuvo para volver a comprobarlo. Entonces se rio de lo quisquillosa que era. Pisó los peldaños chirriantes sin cuidado de no hacer ruido y se fue a dormir.

CAPÍTULO NUEVE

Ya era diciembre, y en New Zebedee todo el mundo estaba ocupado con los preparativos de Navidad. En varias zonas de Main Street habían colgado campanas cubiertas de espumillón, y la fuente de la rotonda se había convertido en un belén. Jonathan sacó a rastras del ático las cajas de ginebra Seagram's y detergente Oxydol en las que guardaba las luces de Navidad y empezó a desenredarlas. Las había guardado en pequeños rollos sin ningún nudo, pero, no se sabe muy bien cómo, se habían enmarañado a pesar de estar perfectamente guardados en sus cajas. Todos los años pasaba lo mismo. Jonathan y la señora Zimmermann se enzarzaron en su habitual discusión sobre qué era mejor, si un abeto alto y delgado o uno bajo y achaparrado. Lewis desempaquetó la sucia guata de algodón y la colocó alrededor del espejo circular que se suponía que debía simular un lago helado. Montó el pueblecito de cartón con ventanas de celofán y sacó el ciervo de celuloide al hielo. Luego, cuando el abeto estuvo decorado y las luces encendidas, se sentaría en el sofá y entrecerraría los ojos. Lo hacía para que las luces del árbol se convirtieran en estrellas. Estrellas rojas y azules y verdes y blancas y naranjas, cada una con cuatro largos rayos. A Lewis le gustaba el efecto y se pasaba allí largos ratos sentado.

Todas las noches, cuando se desvestía para meterse en la cama, Lewis se miraba la mancha verde que tenía alrededor del cuello. Se la había dejado la cadenita deslustrada de la que pendía la moneda de tres céntimos encantada. Había perdido el amuleto mágico para siempre. Sabía que era así porque se lo había dicho Rose Rita. Le contó que lo había tirado a la alcantarilla, y él se lo había creído. Ahora se esforzaba por sentirse bien por haberse deshecho de él. Lo intentaba con todas sus fuerzas, pero no lo conseguía.

Se sentía como cuando se renuncia a algo que te gusta mucho. Algo malo para la salud, como las chocolatinas Mounds, o picar entre horas. Ahora notaba un gran espacio vacío en su vida, como si le hubieran abierto un hueco en las entrañas. A veces se despertaba en mitad de la noche rascándose el

cuello, frenético, buscando el amuleto. Y cuando se daba cuenta de que ya no lo tenía, rompía a llorar. Pero Lewis siguió con su rutina lo mejor que pudo. Los preparativos de Navidad le distraían de sus problemas, así como lo mucho que se divertía jugando con Rose Rita. La mayor parte del tiempo era feliz, y se habría terminado olvidando por completo del amuleto si no le hubiera pasado algo malo.

Fue una oscura noche de diciembre. Lewis y el resto de alumnos de sexto se estaban esforzando mucho para terminar rápido los deberes de Matemáticas para que les dejaran salir antes de la hora. La señorita Haggerty se paseaba entre los pasillos, mirando sus ejercicios y haciendo comentarios. Cuando la profesora se alejó a la otra punta del aula, Woody Mingo empezó a pellizcar a Lewis.

—¡Ay! —siseó Lewis—. ¡Déjalo ya, Woody!

—¿Dejar el qué?

—Ya sabes el qué. ¡Deja de pellizcarme!

—Yo no te estoy pellizcando. Debe de ser una abeja a la que le guste tu sudor, que sabe a miel. Báñate, y así no te picarán. O deja de comer miel, gordinflas.

Lewis sintió una desesperación inmensa. Era como si Woody hubiera empezado a detectar que ya no tenía el amuleto. Después de la tremenda pelea que habían tenido, Woody le había dejado en paz. Pero últimamente había vuelto a la carga. Y era peor aún que antes.

Lewis tenía ganas de partirle la cara, pero si lo intentaba, le iban a pillar. Además, no sabía si podría hacerle daño sin el amuleto. ¿Por qué le había parecido buena idea deshacerse de él? Era una de las mayores estupideces que había cometido en su vida.

La señorita Haggerty fue a la parte delantera del aula y sacó su reloj.

—Clase —dijo. Todos dejaron lo que estuvieran haciendo y la miraron—. Como parece que todos estáis haciendo los deberes bastante bien, voy a cumplir mi promesa y a dejaros salir temprano. Algunos todavía no habéis terminado, pero podéis hacerlo en casa. Ahora, en cuanto hayáis recogido los pupitres y el aula esté en silencio, podéis marcharos.

La parte superior de los pupitres comenzó a retumbar por toda el aula al chocar contra la estructura metálica cuando los alumnos empezaron a guardar lápices, papeles y libros en las cajoneras. Lewis recogió todos sus libros y luego empezó a meter los lápices y las plumas en el agujero del tintero.

A los alumnos del colegio de Lewis no se les permitía usar bolígrafos. No dentro del colegio, al menos, bajo ninguna circunstancia. Aparentemente los

bolígrafos eran perjudiciales para la caligrafía. Así que todos los alumnos tenían que escribir con plumas estilográficas, o con cálamos de madera, de esos que tienen la punta metálica. La tinta que usaban los alumnos se guardaba en botes de cristal que colocaban en los agujeros circulares que había en la esquina superior derecha de las mesas de todos los pupitres. Los agujeros atravesaban la madera, así que, si se sacaba el tintero, se podían meter cosas en la cajonera por el agujero. Claro que hubiera sido más fácil levantar la mesa, anclada a la cajonera por bisagras, pero no había manera de hacérselo entender a Lewis.

Lewis había embutido por el agujero cuatro lapiceros y una pluma. Se habían quedado atascados contra unos cuantos libros que ya había en la cajonera, y no pasaban. Lewis los meneó con la mano izquierda, intentando forzarlos, mientras con la derecha sujetaba el tintero. Tenía la mano suspendida sobre el pasillo. De repente, algo le golpeó el brazo justo en el hueso de la risa. Se le durmió entero, perdió la fuerza en la mano y el tintero se estrelló contra el suelo. La tinta negra salpicó en todas direcciones.

Lewis se dio media vuelta en su asiento, furioso. Woody se apresuraba a enderezarse tras la mesa levantada de su pupitre. Y, entonces, la señorita Haggerty apareció junto al de Lewis.

—¿Qué está pasando aquí?

—Woody me ha tirado el tintero de la mano —dijo Lewis, señalándole.

A la señorita Haggerty no parecía interesarle Woody. Siguió mirando fijamente a Lewis.

—Y, si puede saberse, ¿qué estaba haciendo el tintero en su mano, señorito Barnavelt?

Lewis se sonrojó.

—Yo solo estaba metiendo los lápices por el agujero —murmuró.

El aula estaba en silencio. En silencio sepulcral. Todo el mundo, Rita incluida, miraba a Lewis.

La señorita Haggerty se volvió hacia la clase y en voz alta y clara, dijo:

—Clase, ¿se sacan los tinteros de los pupitres?

La clase respondió al unísono, alargando mucho las sílabas:

—¡NOOO, SEÑORIIITA HAAAGGERTY!

A Lewis se le encendió la cara. Se sentía furioso e impotente. Entonces oyó a la señorita Haggerty decirle que tendría que quedarse después de clase y lijar la tinta para limpiarla. No dijo cuánto tiempo le llevaría.

Una hora después de que todo el mundo se hubiera marchado, la señorita Haggerty dejó marchar a Lewis. Tenía las yemas de los dedos irritadas de

tanto lijar, y estaba tan enfadado que le costaba enfocar la vista. Volvió a casa pisoteando la acera como una apisonadora, enfadado con todo y con todos, especialmente con Rose Rita. Le daba igual que se hubiera acercado a su pupitre cuando todos los demás tuvieron permiso para salir, solo para decirle que sentía que se tuviera que quedar y que ella no había entonado el «No, señorita Haggerty» con el resto de la clase. Aquello daba igual. Estaba furioso con su amiga, y sentía que tenía razones para ello.

Lewis creía que, si aquel día hubiera tenido el amuleto en el colegio con él, le habría protegido. Woody habría temido meterse con él. El tintero no se habría roto y no le habrían obligado a quedarse después de clase. ¿Y quién le había dicho que se deshiciera del amuleto? Rose Rita. Tal y como Lewis lo veía, todo lo que le había pasado aquel día era culpa de su amiga.

Cuanto más caminaba, más se enfadaba Lewis. ¿Por qué tenía Rose Rita que ser siempre tan entrometida? ¡Si al menos pudiera recuperar el amuleto! Pero ¿cómo? Lo había perdido para siempre al tirarlo por la alcantarilla. A aquellas alturas, ya debía de estar en el arroyo Wilder, o en el lago Michigan. No tenía sentido buscarlo.

Lewis se detuvo en seco en mitad de la calle. En aquel preciso instante estaba pasando por un cruce muy concurrido, así que los coches le pitaron y los conductores tuvieron que frenar de prisa y corriendo para evitar atropellarle. Lewis oyó los frenos derrapar y los cláxones sonar, y salió de su trance a tiempo de cruzar la calle sano y salvo. Pero cuando llegó a la acera de enfrente, siguió pensando en lo que le había hecho detenerse.

¿Y si Rose Rita seguía teniendo el amuleto? ¿Y si había mentido cuando le dijo que lo había tirado por la alcantarilla?

Cuanto más lo pensaba Lewis, más seguro estaba de que sus suposiciones eran ciertas. Al fin y al cabo, él no la había visto tirar el amuleto por el sumidero. Tal vez lo mejor fuera intentar sonsacarle aquella información.

El viernes de esa semana, una caldera estalló en el sótano del colegio. Todos los alumnos salieron de clase temprano. Lewis y Rose Rita decidieron pasar la tarde haciendo la maqueta de la galera romana. Estaba casi terminada, pero le faltaban los toques finales.

La galera estaba en el centro de la mesa de Rose Rita, en su habitación. A su alrededor había virutas de madera de balsa, trozos de cartón y grumos de pegamento de aeromodelismo seco. Lewis se sentó en el pupitre de su amiga y empezó a cortar una tira de madera con su navajita de *boy scout*. Estaba intentando hacer un ariete chulo para colocarlo en la proa del barco.

—¡Maldita sea! —Lewis tiró la navaja al suelo y la miró, furioso.

Rose Rita levantó la vista del libro que estaba hojeando.

—¿Qué pasa?

—Ah, nada, solo este condenado cuchillo viejo. No sirve ni para cortar mantequilla.

Rose Rita se quedó un momento pensando.

—¡Oye! —dijo—. ¿Por qué no sacamos mis cúteres? Se me había olvidado que los tenía. Están en el cajón de mi cómoda.

—¡Genial! ¿En qué cajón están? Yo los saco. —Lewis empujó la silla hacia atrás y se levantó. Se acercó a la cómoda y empezó a abrir cajones y a mirar dentro.

Rose Rita se levantó de un salto y fue corriendo a detenerle.

—¡Vamos, Lewis! ¡Las manos quietas! Es mi cómoda, y ahí tengo cosas privadas. Y, además —añadió, sonriendo—, no conseguirías descubrir en qué cajón están. Está cerrado con llave, la única llave la tengo yo, y no pienso decirte dónde está. Ahora, sal al pasillo y cierra la puerta. Tardaré un minuto.

—¡Oh, vale! —gruñó Lewis. Salió al pasillo de mal humor y cerró la puerta a sus espaldas con un portazo. Mientras estaba allí, mirando a la pared, pensó: «Así que cosas privadas, ¿eh? Ahí es donde tienes mi amuleto, con todas tus cosas privadas. Pero no te preocupes, ¡lo recuperaré!».

Pocos minutos después, Rose Rita dejó entrar a Lewis en la habitación. Los cajones de la cómoda estaban cerrados como antes, pero los cúteres estaban apoyados en el pupitre. Lewis miró el alto mueble de arriba abajo. ¿Qué cajón sería? Tenía que ser uno de los dos de arriba, porque eran los únicos que tenían cerradura, pero ¿cómo iba a abrirlas sin la llave?

Rose Rita se dio cuenta de cómo miraba Lewis la cómoda y se empezó a preocupar.

—Vamos, Lewis —le dijo, agarrándole del brazo—. Ahí solo hay cosas mías. Algunas no dejes que las vea ni mi madre, así que no pienses que te estoy dando de lado. Oye, vamos a seguir con la maqueta. Así es como se meten las cuchillas en los soportes...

Esa misma noche, más tarde, Lewis estaba despierto, dando vueltas y vueltas en la cama. Escuchó el reloj de pie en el despacho de la planta baja dar la una en punto, y luego las dos y después las tres. Estaba intentando tramar un plan para poder mirar dentro de los cajones cerrados con llave de la cómoda de Rose Rita. Pero era inútil. Todo dependía de la llave, y no tenía la menor idea de dónde buscarla. Pensó en registrar la habitación en algún momento que ella no estuviera, pero no se le ocurría cómo hacerlo sin llamar la atención de su madre. Y no quería desordenarlo todo. Tendría que hacerlo

con cuidado y en secreto para que su amiga no se diera cuenta de lo que estaba pasando. Lewis esperaba que el amuleto estuviera escondido en algún rincón oscuro en uno de aquellos dos cajones, en un lugar donde Rose Rita no mirara demasiado a menudo. Arrugó la cara. Tal vez mirara en la cómoda todos los días, solo para asegurarse de que el amuleto estaba allí. Quizá podría fabricar uno falso..., no, eso parecía imposible. Si le quitaba el amuleto y ella se enteraba, sería lo peor que pudiera pasar.

Pero ¿cómo iba a hacerse con él? Lewis pensó en llaves maestras y asaltos de medianoche con escaleras de cuerda y pasamontañas y bolsas de herramientas y cosas así. Entonces pensó: «Caramba, ¿y si ni siquiera está en la cómoda? ¿Y si de verdad lo tiró por la alcantarilla?». Fuera como fuera, no iba a descubrirlo sin la llave del cajón. Y ni siquiera sabía dónde buscarla.

A Lewis lo invadió una sensación de impotencia. Cuando el reloj dio las cuatro, se adormiló. Aquella noche, Lewis soñó con llaves. Estaba recorriendo una vieja chatarrería en la que había muchas habitaciones, todas llenas hasta el techo de llaves. Llaves de todas las formas y tamaños. Algunas estaban engarzadas en anillas circulares, pero la mayoría estaban simplemente amontonadas en el suelo. Lewis buscó y buscó, pero no consiguió encontrar la que quería.

CAPÍTULO DIEZ

Al día siguiente, cuando Lewis se despertó, seguía pensando en las llaves. Pero no estaba ni un poquito más cerca de encontrar la del cajón de la cómoda de Rose Rita. Era sábado, y su amiga tenía cita con el oculista. Era miope, y le aumentaban muy rápido las dioptrías, así que tenía que cambiar de gafas bastante a menudo. Aquel día Lewis iba a acompañarla para que le graduaran también la vista. Él no llevaba gafas, pero Jonathan se había fijado en que últimamente se quedaba dormido encima de los libros bastante a menudo, y dudaba de si las necesitaría. Lewis protestó, pero al final accedió a ir.

Aquella tarde, Lewis y Rose Rita estaban en la sala de espera de la consulta del doctor Wessel, leyendo tebeos. Acababan de terminar de graduarle la vista a Lewis. Ahora le tocaba a Rita.

El doctor Wessel abrió la puerta de la consulta y se asomó a la sala de espera.

—De acuerdo. ¿Quién va ahora?

Rose Rita dejó el tebeo que estaba leyendo y se levantó.

—Supongo que yo —dijo con voz cansada—. Ahora te veo, Lewis.

Cuando se levantó, Lewis se dio cuenta de que no se había quitado el gorrito. ¡Aquel maldito gorro! Lo llevaba a todas partes. A la iglesia, al colegio, para cenar, y probablemente no se lo quitaba ni para dormir por las noches. Era raro.

Lewis siguió leyendo su tebeo, pero segundos después le sorprendió oír voces. Rose Rita y el doctor Wessel estaban discutiendo tras la puerta cerrada. De repente, el médico la abrió de un tirón y señaló el sombrerero que había junto al espejo.

—¡Ahí! —dijo con severidad—. Ponlo ahí.

—No quiero. ¿Quién se cree usted que es? ¿Dios?

El doctor Wessel fulminó a Rose Rita con la mirada.

—No, no soy Dios. Solo soy un oculista cascarrabias, y no quiero que lleves puesto el gorrito mientras te examino los ojos. Choca con mis aparatos,

me distrae y..., bueno, no me gusta. Ahora, cuélgalo ahí o vete a casa.

—¡Ay, vale! —Rose Rita salió de la consulta hecha una furia y colgó su gorrito en una de las perchas del sombrerero. Luego volvió a entrar dando grandes zancadas. El médico cerró la puerta suavemente tras ella.

Lewis miró el gorrito y rio. La verdad es que Rose Rita actuaba de una manera muy extraña con él. Volvió a coger el tebeo y entonces, de repente, lo volvió a soltar.

¿Y si la llave estuviera en él?

Lewis se levantó y se acercó al sombrerero sin hacer ruido. Levantó el gorrito de su percha con cuidado. Miró dentro, y allí, sujeta a la tela con un imperdible, encontró una llavecita negra.

A Lewis le entraron ganas de gritar de alegría. Tenía que ser la llave, tenía que serlo. Miró, nervioso, hacia la puerta cerrada de la consulta del doctor Wessel. ¿Cuánto tiempo tenía? Rose Rita le había contado que sus consultas con el médico duraban un buen rato, porque tenía un montón de problemas en la vista. ¿Se pasaría allí dentro una hora entera? Lewis miró el reloj. Tendría que arriesgarse. Abrió el imperdible, se metió la llave en el bolsillo, volvió a colocar el imperdible en su sitio, lo cerró y puso el gorro donde estaba con mucho cuidado. Esperaba que Rose Rita no hubiera oído repiquetear las chapitas que llevaba enganchadas en la felpa. Cuando hubo terminado toda la operación, Lewis se acercó a la puerta de la consulta y llamó.

—¿Rose Rita?

—¿Sí?

—Me..., me acabo de acordar de que tengo que ir al centro a comprar tabaco para mi tío. Solo voy a tardar unos minutos.

—Ah, tómate todo el tiempo que quieras. Yo seguro que me tiro aquí años.

—Eh..., vale. Ahora vuelvo.

Lewis se puso a toda prisa el abrigo, el gorro y las botas de agua y bajó los peldaños que daban a la consulta del doctor Wessel. Pronto estaba caminando a la mayor velocidad posible hacia casa de Rose Rita. Rodeaba con el puño la fría llave que llevaba en el bolsillo y, mientras caminaba, iba maquinando. Tenía que pensar qué iba a decirle a la señora Pottinger.

Cuando Lewis llegó a la escalera que daba a la casa de los Pottinger, inspiró hondo. Luego subió y llamó al timbre. Tras lo que le pareció un rato eterno, la señora Pottinger fue a abrir la puerta. Le sorprendió verle.

—¡Anda, Lewis! ¿Qué estás haciendo aquí? Pensaba que habías ido a la consulta del doctor Wessel con Rose Rita.

Lewis hundió las manos en los bolsillos y clavó los ojos en el felpudo.

—Bueno, más o menos, pero ha pasado una cosa: Rose Rita y yo íbamos a tomarnos una Coca-Cola después en la tienda de los Heemsoth, pero yo no llevo suficiente dinero, y ella me ha dicho que se ha dejado la cartera encima de la cómoda. ¿Puedo ir a buscarla?

Lewis tuvo la sensación de que transcurrían miles de años desde que terminó de hablar hasta que la señora Pottinger respondió. Le dio por pensar si a los niños que los pillaban rebuscando en las cómodas de otros niños los mandarían al reformatorio.

La señora Pottinger tardó un rato en contestarle porque era una mujer bastante despistada.

—Anda, pues sí, supongo que no pasa nada —dijo por fin—. Si hubieras dicho que está dentro de la cómoda, te habría dicho que no es tu día de suerte, porque Rose Rita ni siquiera me deja a mí mirar ahí dentro. Si no consigues encontrar la cartera, creo que yo tengo algo suelto.

—Caramba, muchas gracias, señora Pottinger. Va a ser solo un minuto.

—Tómate tu tiempo. —La señora Pottinger se dio media vuelta y regresó a la cocina. Lewis la vio marcharse. La madre de su amiga confiaba en él. ¿Por qué no debería hacerlo? Era el mejor amigo de Rose Rita. Se sentía fatal. Tuvo ganas de esconderse en algún sótano. Pero, en cambio, comenzó a subir las escaleras.

Lewis se plantó frente a la cómoda con la llave en el puño. Escuchó atentamente, esperando oír en cualquier momento los pasos de la señora Pottinger en las escaleras. Pero, en cambio, escuchó el tintineo y el repiqueteo de los platos que estaba lavando. Se dio media vuelta y vio que había dejado la puerta del dormitorio abierta. Se acercó rápidamente y la cerró. Luego volvió a la cómoda. Los dos cajones superiores tenían cerradura. Tenía que ser uno de esos. Probablemente la llave encajara en ambos. Al menos, eso esperaba Lewis. Decidió probar primero con el que estaba a mano derecha. Introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar. Pero, cuando tiró, descubrió que el cajón no se movía. Lo que significaba que ni siquiera había estado cerrado con llave en un principio. Lewis giró la llave hacia el otro lado y sacó el cajón. Estaba a rebosar de ropa interior de Rose Rita. Notó que se le ponía la cara roja. Volvió a ponerlo en su sitio. El amuleto tal vez estuviera allí, pero comprobaría el otro primero.

Lewis abrió el que había a mano izquierda y tiró para deslizarlo. Estaba lleno de cajitas y chatarra. Aquel debía de ser el cajón correcto. Lo sacó

entero, lo apoyó sobre el pupitre de Rose Rita y empezó a rebuscar. Pero justo cuando estaba abriendo la primera caja, Lewis escuchó un golpe en la puerta.

—¿Va todo bien por ahí?

Lewis se quedó helado. ¡El señor Pottinger! ¡Se había olvidado por completo de él! Normalmente, el señor Pottinger no estaba en casa durante el día. Pero aquel día era sábado. Estaba en el pasillo, al otro lado de la puerta, esperando una respuesta. A Lewis le iba la mente a toda velocidad. ¿Qué debía hacer? ¿Responder? ¿O intentar salir por la ventana?

Otro golpe en la puerta. Más fuerte e insistente que antes. Y entonces Lewis escuchó la voz grave y profunda de nuevo.

—He dicho que si va todo bien ahí.

Lewis miró a su alrededor, desquiciado. Posó la mirada en el pomo. Se quedó embelesado con él. Empezaría a girar en cualquier momento, y entonces...

Lewis escuchó a la señora Pottinger llamando desde el pie de las escaleras.

—¡Por amor de Dios, George, cálmate! Solo es Lewis Barnavelt, que está buscando la cartera de Rose Rita.

—Bueno, y entonces ¿por qué no me contesta? He oído un ruido en la habitación de la niña, y sé que había salido, así que he pensado...

—Bueno, pues no pienses más y deja al pobre muchacho en paz. No te ha contestado porque es tímido, pero le estás metiendo miedo con esas voces. Tú también eras tímido a su edad. ¡Deberías acordarte!

El señor Pottinger rio.

—Sí, supongo que lo era. —Le dio un golpecito cariñoso a la puerta y dijo —: ¡Buena suerte con la búsqueda, Lewis! —Entonces siguió andando por el pasillo, tarareando para sí. Una puerta se cerró, y Lewis escuchó al señor Pottinger abrir el grifo en el baño.

Lewis estaba allí, junto a la mesa, con la tapa de la cajita de cúteres en las manos. Temblaba de la cabeza a los pies. Cuando por fin consiguió recomponerse, siguió examinando el contenido del cajón. Una caja de cúteres. Una castaña tallada como una calabaza de Halloween. Una baraja de naipes en miniatura en una funda de cartón. En la caja se leía «Cartas de Juguete Little Duke». Lewis fue sacando todas aquellas cosas una a una y colocándolas sobre la hoja de papel secante verde. Ni rastro del amuleto.

Una caja de piezas de ajedrez con una etiqueta en la que se leía «Drueke» en la tapa. Un par de juguetes magnéticos con la forma del elefante republicano y del burro demócrata. Y luego un desgastado estuche de color

azul en el que se leía «Marshall Field's Chicago». Debajo de aquella etiqueta había otra, con un espacio para escribir una dirección, en la que se leía: «Señorita Rose Rita Pottinger, Mansion Street, 39, New Zebedee, Michigan». Lewis abrió la caja y vio el amuleto.

Le costó creer que lo hubiera conseguido. Se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡Realmente estaba allí! Cogió la cadenita con dedos temblorosos y se la deslizó alrededor de la cabeza. Luego se abotonó el cuello de la camisa. Odiaba notar presión en el cuello, y sentía que aquel botón, que nunca jamás se abrochaba, le estaba asfixiando. Pero le dio igual. Tenía que volver con Rose Rita, y no quería que viera que llevaba la cadenita puesta.

Lewis se detuvo y escuchó. Con la puerta cerrada no lo distinguía del todo bien, pero sonaba como si la señora Pottinger estuviera cantando en el piso de abajo. Solía cantar mientras fregaba los platos y pasaba el polvo. Y el sonido del agua corriendo en el baño no había cesado. El señor Pottinger probablemente se estaba dando un baño. Bien. Ahora tendría que salir de la casa lo más deprisa que pudiera.

Apresurándose, Lewis comenzó a devolver los diferentes objetos al cajón de Rose Rita. Esperaba que no los tuviera colocados en un orden concreto, para que no se diera cuenta de que alguien había estado revolviendo sus cosas. Bueno, y si lo hacía, mala pata. Algún día terminaría mirando en el cajón y se daría cuenta de que el amuleto no estaba, pero para entonces ya entendería por qué había tenido que cogerlo. Protegería a su amiga con su fuerza y su valentía. Así esperaba Lewis que salieran las cosas.

Volvió a colocar el cajón en su sitio y giró la llave en la cerradura. ¡Hecho! Ya podía irse. Ahora solo tenía que volver a la consulta del doctor Wessel, enganchar la llave al gorrito y sentarse a esperar a Rose Rita como si no hubiera pasado nada.

Tarareando para sus adentros, Lewis cruzó el pasillo y bajó trotando las escaleras. Acababa de apoyar la mano en el pomo de la puerta cuando la señora Pottinger le dijo desde la cocina:

—¿Has encontrado lo que querías, Lewis?

—Ehhh, sí. Vaya, muchas gracias. Adiós. —Lewis hablaba con voz tan tensa que era prácticamente un quejido. Estaba muy nervioso. La puerta ya se había cerrado detrás de él. Estaba fuera. Se había salido con la suya. Ahora podría ser fuerte, sin ayuda de Charles Atlas, ni de sacos de boxeo, ni de nada por el estilo.

Pero Lewis se detuvo en los escalones que daban a la casa de los Pottinger. Estaba pensando en la silueta negra. ¿Regresaría, ahora que tenía el

amuleto? Lewis llevaba temiendo aquello desde que había empezado a planear cómo recuperar la moneda mágica. Había mantenido aquel miedo a raya con sus «explicaciones lógicas» habituales. Pero allí seguía.

—Ay, diantres —dijo en voz alta—. Menudo miedica estoy hecho. Ahora nadie puede hacerme daño.

Lewis se convenció por decimoquinta vez de que la silueta que se había abalanzado sobre él cuando salió de la biblioteca solo era un loco. De vez en cuando se escapaban del Hospital Psiquiátrico Kalamazoo, y se dedicaban a salir desnudos de detrás de los árboles y asustar a la gente hasta que la policía los atrapaba y los volvía a meter en el manicomio. Eso era lo que había visto bajo la farola. Algún chiflado.

Lewis miró al cielo. Se estaba haciendo de noche. Decidió que lo mejor sería volver antes de que Rose Rita sospechara que pasaba algo. Se abotonó el abrigo y comenzó a caminar.

Mientras Lewis recorría Mansion Street, empezó a nevar. Los diminutos copos blancos se arremolinaban a su alrededor y le pinchaban levemente el rostro. Se sentía extraño, como si no supiera adónde iba. Las siluetas de los coches, conocidas para él, pasaban rodando a su lado en aquel temprano crepúsculo invernal, pero a Lewis le parecían monstruos prehistóricos de ojos saltones. Tal vez se avecinara una ventisca. Bueno, a Lewis eso no le molestaba. Disfrutaría sentándose junto a la chimenea en la biblioteca de Jonathan, con una taza de chocolate humeante en la mano. Vería la nieve caer al otro lado de la ventana. Sería muy agradable.

Lewis se abrió paso entre la nieve que comenzaba a cuajar en la acera. Unos leves chorritos resplandecientes manaban frente a él. Ahora estaba pasando junto al templo masónico, un edificio de ladrillo de cuatro plantas de altura. Por algún motivo, no supo cuál, Lewis se detuvo frente a él. Sencillamente, dejó de caminar y esperó.

Entonces oyó algo. Un crujido. Un periódico viejo salió volando de la arcada. Serpenteó hacia él como si estuviera vivo. Lewis estaba asustado, pero intentó ahuyentar el miedo con una risa. ¿Qué podría hacerle un periódico viejo? Ahora lo tenía a sus pies. Se inclinó y lo recogió. A la luz del farol que oscilaba al viento en la esquina, Lewis apenas conseguía leer la cabecera. Era el *Crónica de New Zebedee* del 30 de abril de 1859. La fecha de la moneda de tres céntimos también era 1859.

Con un chillido de terror, Lewis soltó el periódico. Sin embargo, el papel se negaba a alejarse. El diario se le enroscó alrededor de los pies como un gato retozón. Lewis lo pateó, histérico. Quería que se alejara. Pero entonces

dejó de dar patadas. Se dio media vuelta y miró hacia el arco oscuro. Una silueta avanzaba desde él.

Lewis abrió y cerró la boca, pero de ella no surgió ningún sonido. Quiso decir «¡Ah, hola, Joe!» para sentirse más seguro, pero no podía. Anclado al suelo, Lewis contempló la silueta acercarse. Un soplo de cenizas frías se propagó hacia él.

Entonces la figura se colocó frente a Lewis en la acera nevada. Levantó una de sus lúgubres manos y le hizo un gesto para que se le acercara. Y el muchacho notó cómo, de repente, algo tiraba de él y lo hacía avanzar. Como si tuviera un collar de perro alrededor del cuello y la silueta estuviera tirando de la correa. No pudo resistirse. Tenía que ir hacia él. Lewis avanzó tambaleándose, siguiendo a la figura, que lo atraía hacia sí. La ventisca recrudeció y los ocultó a ambos de la vista.

CAPÍTULO ONCE

Rose Rita miró el reloj en la sala de espera de la consulta del doctor Wessel. Era la tercera vez que lo hacía en los últimos cinco minutos.

Marcaba las cinco y cuarto. Lewis había salido de la consulta a las tres y media, más o menos. Le costaba creer que hubiera tardado casi dos horas en comprar una lata de tabaco, volver a casa y luego regresar a la consulta. Salvo porque no había regresado, claro. Tampoco había llamado por teléfono, ni nada. Su cita con el doctor Wessel no había durado mucho. Ya llevaba sentada en la sala de espera más de una hora, y estaba empezando a hartarse.

Rose Rita salió al vestíbulo y empezó a ponerse la ropa de invierno. Abrigo, bufanda, botas, guantes. ¡Madre mía, menudo cabreo tenía! No dejaba de darle vueltas a todas las cosas que le iba a decir a Lewis cuando volviera a verle. Estiró la mano y agarró su gorrito. Como siempre hacía, la pasó por el interior del forro para comprobar que la llave seguía ahí. Pero no estaba.

Rose Rita se quedó mirando el imperdible que sostenía la llavecita. ¡Así que aquello era lo que se traía entre manos! Menudo impresentable sucio fisgón asqueroso... Notó que la furia iba creciendo en su interior, poniéndola de peor humor del que ya estaba. Pero, entonces, se le pasó el enfado. Lewis le había hablado del amuleto, de la silueta que lo esperaba bajo la farola y los fantasmagóricos mensajes que aparecían flotando de la nada. Había ido a por el amuleto y no había vuelto.

Rose Rita abrió la puerta de la consulta del doctor Wessel y miró afuera. Era de noche y estaba nevando. Se sobrepuso al pánico, cada vez mayor, y dijo para sí, con los dientes apretados:

—Tengo que conseguir ayuda. Tengo que conseguir ayuda. — Repitiéndoselo una y otra vez, bajó corriendo los peldaños y empezó a apartar la nieve a patadas para abrirse camino.

Jonathan, el tío de Lewis, estaba dándole cuerda al reloj de la repisa de la chimenea del comedor cuando escuchó un terrible golpeteo en la puerta.

Cuando fue a abrirla, se encontró allí a Rose Rita, que tenía la cara roja, jadeaba y estaba cubierta de nieve.

—Señor Barnavelt..., señor Barnavelt..., es..., tenemos que..., demasiado tarde..., se lo ha llevado..., ir a buscarlo... —A Rose Rita le subían unas burbujas heladas y húmedas por la garganta que le estallaban en la boca. Ya no podía seguir hablando.

Jonathan le pasó el brazo alrededor de los hombros e intentó tranquilizarla. Le dijo que era mejor que se quitara aquel pesado abrigo empapado que llevaba puesto. Pero cuando intentó desabrocharle la parka, la chica lo empujó, furiosa, para apartarle. Rose Rita se quedó allí plantada, intentando recuperar el aliento. Tardó un rato. Cuando por fin recobró la voz, miró directamente a Jonathan y habló lo más tranquilamente que pudo.

—Señor Barnavelt... A..., a Lewis le ha pasado algo muy malo. ¿Se acuerda de la moneda que le dio..., la que sacó del baúl de su abuelo?

Jonathan miró a Rose Rita con extrañeza.

—Sí, me acuerdo. ¿Qué pasa con ella?

—Bueno, pues es mágica, y me la ha quitado, y ahora le ha atrapado, y tenemos que... —Rose Rita se vino abajo. Se tapó la cara con las manos y lloró. Le temblaba el cuerpo entero.

Varios minutos después, Rose Rita, Jonathan y la señora Zimmermann estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina de la casa de la anciana. La mujer sostenía la mano a la niña y la consolaba. Rose Rita acababa de contarles la historia entera, o lo que ella sabía, al menos.

—Rose Rita, no te preocupes —dijo la señora Zimmermann con ternura—. Todo irá bien. Lo encontraremos.

Rose Rita dejó de llorar y la miró a los ojos.

—¿Ah, sí? Bueno, ¿y cómo lo vamos a hacer?

La señora Zimmermann clavó la vista en la mesa.

—Todavía no lo sé —dijo en voz baja.

A Rose Rita le estaba costando vencer el desánimo. Quería que se subieran todos al coche inmediatamente y salir zumbando a buscar a Lewis. Pero ni siquiera sabían adónde ir. El reloj de la cocina vibró y la señora Zimmermann hizo repiquetear la gran gema morada de su anillo contra el esmalte blanco de la superficie de la mesa. Intentaba pensar.

De repente, la anciana empujó la silla hacia atrás y se incorporó de un brinco.

—¡Claro! ¡Venga, arriba todo el mundo! Recoged vuestras cosas. Ya sé adónde vamos.

Rose Rita y Jonathan estaban absolutamente perplejos, pero la siguieron al recibidor y empezaron a abrigarse. Jonathan se puso un grueso abrigo de pieles y un gorro que parecía un almiar negro en miniatura. La señora Zimmermann se puso una gruesa capa morada y rebuscó en el armario del recibidor hasta encontrar su paraguas. Era pequeño, negro, tenía franjas de óxido y un pomo de cristal en el mango. Rose Rita se preguntó para qué lo querría.

En cuanto todo el mundo estuvo listo, fueron a la casa de al lado y Jonathan sacó el coche del garaje. Entonces Rose Rita se embutió en el asiento delantero entre Jonathan y la señora Zimmermann. Cuando el coche llegó a la esquina de Mansion con High Street, Jonathan frenó y se volvió hacia Rose Rita.

—De acuerdo, Rosie —le dijo—. Creo que lo mejor será que te lleve a casa ahora. Se está haciendo tarde y tus padres estarán preguntándose dónde estás. Y nunca se me ocurriría llevarte a un viaje tan peligroso como este con nosotros.

Rose Rita apretó la mandíbula y le sostuvo la mirada, desafiante.

—Señor Barnavelt, si quiere librarse de mí, va a tener que atarme y dejarme como si fuera un paquete en el porche de mi casa.

Jonathan le sostuvo a Rose Rita la mirada un segundo más. Luego se encogió de hombros y siguió conduciendo.

El enorme coche negro recorrió muy lentamente Main Street e hizo la rotonda. Nevaba intensamente. La nieve se amontonaba sobre las estatuas de la Virgen María y san José colocadas dentro de las columnas de la fuente. Rose Rita vio que se disponían a salir de la ciudad. Dejaron atrás el cartel de «LÍMITE MUNICIPAL». Y también el campo de atletismo y la bolera Bowl-Mor. Jonathan había mantenido una breve conversación con la señora Zimmermann justo antes de salir de la casa, y aparentemente ahora sabía adónde estaban yendo. En una situación normal, a Rose Rita le habría molestado que no hubieran compartido su secretito con ella, pero estaba tan preocupada por Lewis que le daba igual adónde fueran, siempre y cuando estuvieran yendo a salvarlo.

De repente, llegaron a campo abierto. Las cadenas de los neumáticos tintineaban a un ritmo constante, y los copos blancos aparecían volando entre la negrura. Rose Rita los contempló, hipnotizada. Se imaginaba que estaba en una nave espacial, surcando el Cinturón de Asteroides. Los puntos blancos eran meteoritos. Clin, clin, hacían las cadenas. Fiu, fiu, hacían los limpiaparabrisas a medida que iban despejando la nieve de la luna. Los

puntitos blancos seguían volando hacia el coche. Rose Rita notó el soplo cálido de la calefacción en las piernas. Y, aunque era bastante temprano, estaba hecha polvo. Correr por la nieve desde la consulta del médico hasta casa de Lewis la había dejado agotada. Se le empezó a caer la cabeza hacia delante...

—No te molestes. No podemos seguir avanzando.

Rose Rita sacudió la cabeza y se frotó los ojos.

—¿Eh?

Era Jonathan quien había hablado. Le dio marcha atrás al coche y retrocedió un poco. Luego metió primera y pisó el acelerador a ritmo constante. El coche avanzó ligeramente, pero luego se detuvo. Los neumáticos derrapaban y chirriaban. Jonathan retrocedió y volvió a intentarlo. Y luego otra vez. Y otra más. Al final terminó apagando el motor. Soltó un largo suspiro, apretó los dientes y golpeó los puños contra aquel volante inútil. En la carretera, frente a ellos, se extendía un ondulado desierto de nieve. La capa era demasiado gruesa como para conducir sobre ella.

El goteo y los ruidos del coche rompían el silencio. Los blancos copos empezaron a cuajar sobre los limpiaparabrisas. Los tres se quedaron allí quietos, observando durante lo que se les antojó un buen rato, aunque en realidad fue menos de un minuto. Entonces la señora Zimmermann carraspeó. Aquel sonido repentino hizo que Jonathan y Rose Rita pegaran un brinco. Se volvieron hacia ella, preguntándose que iría a decir. Entonces metió los brazos por los huecos de su capa y recogió el paraguas del suelo del coche.

—De acuerdo, todos fuera. Ataos las botas y abrochaos los abrigos. Tenemos que caminar.

Jonathan se la quedó mirando.

—¿Caminar? Florence, ¿estás loca? Quedan..., bueno, ¿cuántos kilómetros dirías que quedan?

—No tantos como tú te piensas, Barbarrara —dijo la señora Zimmermann con una sonrisa sombría—. Pero, en cualquier caso, estamos perdiendo el tiempo. Tenemos que ir andando. No queda más remedio. —Abrió la puertecilla del coche y salió por ella. Rose Rita la siguió. Jonathan apagó los faros y sacó la linterna de la guantera. Enseguida estuvo arrastrando los pies por la nieve tras ellas dos.

Caminar por una capa de nieve muy gruesa es trabajoso. Hay que levantar mucho los pies, arriba y abajo, de agujero en agujero, hasta que parece que se te fueran a caer las piernas. Jonathan, la señora Zimmermann y Rose Rita no tardaron en sentirse agotados.

—¡Ay, esto es inútil! —boqueó Jonathan. Se quitó el gorro y lo tiró a la nieve—. ¡A este ritmo, no vamos a llegar nunca!

—Tenemos que llegar —jadeó la señora Zimmermann—. Descansa un momento y seguimos. Por lo menos ha dejado de nevar.

Era verdad. Rose Rita miró al cielo y vio las estrellas. También había salido la luna, una luna grande y redonda. Gracias a su luz alcanzaban a ver el coche a lo lejos, justo detrás de una curva de la carretera. Todavía no lo habían perdido de vista.

—Nunca he visto trabajadores más vagos que los del mantenimiento de autopistas del condado de Capharnaum —gruñó Jonathan—. ¡Ya deberían estar aquí con sus quitanieves!

—Conserva el aliento para seguir caminando —dijo la señora Zimmermann.

Retomaron la marcha. Arriba y abajo, arriba y abajo, a través de la densa capa resplandeciente. Rose Rita se echó a llorar. Notaba las lágrimas frías en las mejillas.

—No vamos a volver a ver a Lewis nunca más, ¿a que no? ¿A que no? —sollozaba—. ¡Nunca más!

La señora Zimmermann no contestó. Jonathan tampoco. Se limitaron a seguir avanzando trabajosamente.

Tenían la sensación de llevar horas caminando cuando Jonathan se detuvo y se llevó la mano al costado izquierdo.

—No... puedo... seguir..., duele... —jadeó—. No... debería... comer... tanto...

Rose Rita miró a la señora Zimmermann. Parecía a punto de desmayarse. Entonces la anciana le dio la espalda y se cubrió el rostro con las manos. Rose Rita se dio cuenta de que debía de estar llorando.

«Esto es el fin —pensó Rose Rita—. El fin de todo». Pero en ese preciso instante, oyó un ruido en la lejanía. Un gruñido áspero y chirriante. Se dio media vuelta y miró hacia atrás por la carretera. Unas luces amarillas resplandecían a lo lejos. Se acercaba un quitanieves.

Rose Rita no daba crédito a lo que veía. A pesar de que estaba agotada, empezó a dar botes y a gritar de alegría. La señora Zimmermann se apartó las manos del rostro y clavó los ojos en el vehículo. Jonathan recogió su gorro, le sacudió la nieve y se lo volvió a poner. Se sonó la nariz y se enjugó los ojos varias veces.

—Bueno, ¡ya iba siendo hora! —dijo con voz ronca.

La máquina quitanieves se estaba acercando. Rose Rita pensó que no había visto nada tan bonito en su vida. Era un festival de brillos y ruidos celestiales. De la enorme pala curva volaban chispas. El motor rugía y chirriaba. En la puerta del gran camión amarillo se leía: «CONCEJALÍA DE OBRAS PÚBLICAS DEL CONDADO DE CAPHARNAUM».

Jonathan encendió la linterna, gritó y agitó las manos. El camión quitanieves se detuvo junto a los tres caminantes emitiendo un prolongado chirrido. La nieve de la pala los salpicó, pero no les importó lo más mínimo.

La cabina tenía una ventana bajada.

—Eh, ¿habéis sido vosotros los que habéis dejado el coche en medio de la carretera?

—Sí, hemos sido nosotros. ¿Y tú eres Jute Feasel? —se alegró Jonathan—. ¡En mi vida me había alegrado tanto de ver a alguien! ¿Puedes llevarnos?

—¿Adónde?

—Por la carretera de Homer, a la antigua granja de los Moss.

—¿Y qué demonios se os ha perdido por allí?

—Esa boquita, Jute —le reprendió la señora Zimmermann—. Nos acompaña una jovencita.

Rose Rita rio. En New Zebedee todo el mundo sabía que Jute Feasel era el peor hablado de la ciudad.

Jute accedió a llevarlos adonde querían. Dijo que no lo entendía, y Jonathan le respondió que no tenía que entenderlo, y ahí quedó la cosa. La cabina del camión era un poco pequeña para cuatro personas, pero de algún modo consiguieron caber todos. La señora Zimmermann se sentó en el centro y Rose Rita en el regazo de Jonathan. Dentro hacía mucho calor y el aire estaba viciado con el humo de los puros de la marca King Edward que Jute fumaba constantemente. Pero volvían a estar en marcha.

El camión quitanieves subió y bajó colinas y cogió un buen montón de curvas, lanzando nieve en todas direcciones. Jonathan cantó *Drill Ye Tarriers* para subir los ánimos. Jute cantó una canción que hablaba sobre tres pececillos en un estanque pequeñito, que era la única que conocía con una letra apta para niños. Los árboles cuajados de nieve los contemplaban desde la negrura a ambos lados de la carretera.

Al final el camión se detuvo en mitad de la nada. Bueno, había una verja de alambre, unos cuantos árboles, la nieve y la luz de la luna. Y nada más.

—Bien, pues ya hemos llegado —dijo Jute—. No sé qué demo..., qué pamplinas queréis hacer aquí, pero somos viejos amigos, y me alegro de poder ayudar. ¿Queréis que mande a alguien luego a buscaros?

—Sí —dijo Jonathan—. ¿Ese cacharro funciona? —Señaló la radio del salpicadero. Había un micrófono conectado a ella.

—Claro que sí.

—De acuerdo. Entonces quiero que llames al Hospital Oaklawn y que manden una ambulancia aquí lo antes que puedan. No, no te lo voy a explicar. Gracias, Jute, y nos vemos pronto. —Abrió la puerta y bajó del camión de un salto. La señora Zimmermann y Rose Rita lo siguieron. Mientras caminaban frente al camión quitanieves, Rose Rita alzó la vista y le vio la cara a Jute. A la luz de los pilotitos del salpicadero se veía verde, y también confundida. Jute estaba hablando por el micrófono, dando indicaciones.

—¡Eh! —gritó Jonathan—. ¡Mirad esto! —Meneó la linterna, emocionado.

La señora Zimmermann y Rose Rita lo siguieron hasta el borde de la carretera. Había agujeros en la nieve. Pisadas.

—¡Ostras! —dijo Rose Rita—. ¿Crees que es Lewis?

Por primera vez en horas, tenía esperanza.

—No lo sé —dijo Jonathan, arrancando destellos a los agujeros oscuros con la linterna—. Están bastante cubiertos, pero son más o menos de su tamaño. Vamos. Veamos adónde llevan.

Con Jonathan a la cabeza, los tres caminaron por la orilla de la calzada hasta llegar a un lugar donde las huellas doblaban hacia la verja. Era una verja de alambre de espino que a Jonathan le llegaba más o menos a la altura del pecho. Del cable de alambre más alto colgaba un cartel de hojalata amarillo que publicitaba Maíz DeKalb. Repiqueteaba a merced del viento helado. De repente, a Jonathan se le escapó un grito y avanzó un par de pasos con torpeza. Iluminó la señal.

—¡Mirad!

En la esquina se había quedado algo enganchado. Algo que ondeaba al viento. Un trozo de pana marrón. Estaba manchado de sangre reseca, y el cartel también tenía salpicaduras de sangre.

—¡Es Lewis, sin duda! —dijo la señora Zimmermann—. Creo que, desde que le conozco, los únicos pantalones que le he visto puestos son de pana. Pero ¡la sangre! Debe de haberse cortado al cruzar la verja.

—Vamos —dijo Jonathan.

Pasaron por encima de uno en uno. La señora Zimmermann fue la última, y se le quedó la capa enganchada en el alambre, pero la arrancó de un tirón, rasgándola, y siguió caminando. Las huellas continuaban al otro lado, sobre el campo nevado.

CAPÍTULO DOCE

Jonathan, Rose Rita y la señora Zimmermann cruzaron como buenamente pudieron el campo recubierto de nieve. Se dirigían a un bosquecillo de pinos. Jonathan iba a la cabeza, iluminando el rastro de las pisadas que iban siguiendo con el haz de la linterna, aunque a la luz de la luna veían perfectamente. Bajo la lisa capa de nieve, el terreno era irregular, y de vez en cuando uno de los tres tropezaba y se caía. Pero, a pesar de ello, apretaron el paso.

A medida que se iban acercando al bosquecillo, todos experimentaron la misma sensación, pero ninguno dijo nada. Todos pensaron que los árboles parecían una cortina que ocultara una escena a su vista. Se introdujeron en el macizo de ramas fragantes y las apartaron. Y allí, al otro lado del bosquecillo, se detuvieron.

Jonathan, Rose Rita y la señora Zimmermann descubrieron que estaban en la cima de una colina no demasiado alta. Al pie había un amplio espacio despejado de nieve. En el centro del claro de terreno yermo había un pozo de boca ancha. La tapa estaba apoyada en el suelo, y cerca había una segunda tapa, muy pesada y de piedra. Lewis estaba a pocos metros de la boca del pozo. Y, junto a ella, había una silueta oscura que le indicaba por gestos que se acercara.

Jonathan, Rose Rita y la señora Zimmermann contemplaron la escena horrorizados. No podían hacer nada. La silueta volvió a hacerle señas a Lewis. El muchacho tensó el cuerpo. No se movió. Entonces la silueta levantó la mano y dibujó un extraño símbolo en el aire. Lewis avanzó unos cuantos pasos más. Ahora ya casi estaba al borde del pozo.

—¡Detente! —exclamó la señora Zimmermann. Su voz sonaba grave y clara, como si estuviera hablando bajo una cúpula.

Rose Rita se volvió y la miró. La señora Zimmermann se había transformado. Los pliegues de su andrajosa capa morada refulgían con luz anaranjada. Un leve resplandor se reflejaba en su rostro, marchito y arrugado.

Y en la mano, en lugar de un paraguas, sostenía una alta vara coronada por una esfera de cristal. En su interior ardía una estrella morada. Arrojó un largo rayo de luz violeta, como una espada luminosa, sobre la nieve.

—¡Te ordeno que te detengas! —exclamó de nuevo la señora Zimmermann.

La silueta oscura vaciló. Lewis se mantuvo, inmóvil, a unos cuantos metros del pozo. Entonces se desencadenó la batalla.

Fue como si las bombillas de unos gigantescos *flashes* se hubieran fundido por todo el claro y a la vez. Fue como un trueno, que no solo retumbó en el cielo, sino en la atmósfera que los envolvía y también bajo tierra. Rose Rita cayó de rodillas a la nieve y hundió el rostro. Cuando volvió a levantar la vista, todo estaba iluminado por una grisácea luz de luna. Lewis había escapado corriendo al borde exterior del amplio claro de nieve. Pero la silueta oscura seguía junto al pozo. Y la señora Zimmermann se había desplomado en la nieve. Junto a ella yacían los restos retorcidos de un paraguas viejo. El pomo de cristal había estallado como si le hubieran dado un martillazo. La señora Zimmermann había perdido.

Rose Rita se incorporó como impulsada por un resorte. Quería ayudar a la señora Zimmermann y a Lewis, todo a la vez, para salvar a todo el mundo. Pero no había nada que pudiera hacer. Jonathan estaba inclinado sobre la señora Zimmermann. Parecía que intentaba ayudarla. Rose Rita giró sobre sí misma, histérica, y miró colina abajo. Lewis se acercaba de nuevo al pozo, arrastrando los pies. La silueta oscura continuaba obligándolo a avanzar, agitando los brazos con gestos rítmicos y extraños. Entonces Rose Rita escuchó la voz de la señora Zimmermann. Sonaba débil y áspera, como la de una persona que lleva mucho tiempo convaleciente.

—¡Rose Rita! ¡Ven aquí! ¡Ven aquí, rápido!

Rose Rita se arrastró por la nieve hasta llegar junto a ella.

—¡Extiende la mano! —ladró la anciana.

Rose Rita le tendió la mano. La mujer introdujo la suya en el bolsillo de la capa y sacó lo que parecía un trozo de tiza fosforita. Cuando la depositó en la de Rose Rita, le quemó como si fuera un carámbano de hielo.

—¡Coge esto y ve con él! Es nuestra única oportunidad. Vamos, ¡corre antes de que sea demasiado tarde!

Rose Rita apretó aquel objeto dentro del puño y comenzó a correr colina abajo. Pensaba que le costaría descender, pero fue extraño. Daba la sensación de que la nieve se estuviera apartando para dejarle paso. Casi sin darse cuenta,

había llegado a aquel extraño claro circular. La sombra seguía haciéndole gestos a Lewis para que avanzara. No se percató de su presencia.

Y, en aquel momento, a Rose Rita la invadió una ira inmensa contra aquella horrible criatura que estaba intentando matar a Lewis. Quiso correr hacia ella y hacerla pedazos. ¿Eso era lo que se suponía que debía hacer, matarla? ¿Con lo que la señora Zimmermann le había puesto en el puño? ¿O debería ir derecha hacia Lewis?

No tenía mucho tiempo para decidirse. Los pies de Lewis ya rozaban el borde de piedra del pozo. Un leve tirón lo lanzaría de cabeza a la oscuridad. Rose Rita echó a correr, y sus pies emitieron un largo chirrido.

—¡Apártate de él! ¡Apártate de él, no te atrevas a tocarle, sucio ser asqueroso! —chilló.

La sombra se volvió para mirar a Rose Rita. Y, entonces se transformó. Hacía un momento era un contorno encapuchado, cubierto por una capa. Ahora era una silueta larguirucha y harapienta. Un cadáver renegrido y marchito de ojos vivos. Avanzó hacia ella con brazos ávidos, extendidos. Y Rose Rita oyó lo que decía. Oyó las palabras en su mente, aunque no emitiera ningún sonido. Aquella cosa le decía que iba a rodearla con sus brazos y a lanzarse con ella al fondo de aquel pozo helado y oscuro. Y que allí permanecerían, juntos, frente a frente, por toda la eternidad.

Rose Rita era consciente de que, si se paraba a pensar, se desmayaría, o moriría. Apretó los dientes y corrió hacia la silueta, repitiéndose la ridícula cantinela de un anuncio que había escuchado un día en la radio sin cesar: «Use aceite capilar Wildroot, use aceite capilar Wildroot, use...». Aquella terrorífica silueta corrió a su encuentro, y, durante un instante, se vio envuelta por su negrura y un sofocante y nauseabundo olor a cenizas mojadas. Y entonces lo atravesó y apareció junto a Lewis.

Su amigo estaba, en realidad, balanceándose al borde del pozo. Tenía un pie suspendido sobre la nada, como cuando se prueba la temperatura del agua antes de meterse en ella. Con un fuerte tirón, Rose Rita lo empujó a un lado, y luego le hizo retroceder. Entonces le envolvió el cuello con las manos, aferrando la cadena. Lewis no se resistió. Se comportaba como una persona a la que hubieran drogado. Aun así, a Rose Rita le costó quitársela, porque tenía que sostener el frío objeto resplandeciente que la señora Zimmermann le había dado. Se hacía una idea bastante acertada de lo que podría pasarle si lo soltaba.

Rose Rita levantó la cadena por encima de las orejas de Lewis de un tirón. La estrujó dentro del puño. Cuando se volvió hacia el pozo, vio la silueta, de

nuevo envuelta en oscuridad. Estaba de pie y la observaba.

Rose Rita, de repente, se sintió tranquila. Tranquila y triunfal.

—¿Ves esto? —gritó, haciendo oscilar el amuleto—. Bueno, ¡pues míralo bien!

Y, diciendo aquello, arrojó la moneda, cadena incluida, al pozo.

El segundo que el amuleto tardó en caer se le hizo eterno. Entonces, desde las profundidades, se escuchó un sonido muy leve. Plop. Y, sin más, la oscura silueta encapuchada se desvaneció. Se transformó en una voluta de humo negro y el viento la disipó. De ella no quedó nada, ni siquiera una mancha en el suelo.

Rose Rita se asomó al pozo. Estaba embelesada con él. Por un instante, le pareció que era el centro mismo del mundo. Era un gigantesco remolino negro que podría engullirla. Era una cuenca vacía que miraba de la nada a la nada. Un temblor convulso se apoderó de ella. Tiritaba de la cabeza a los pies. Pero, cuando dejó de temblar, se le despejó la mente. Retrocedió del borde del pozo y se volvió hacia Lewis para ayudarlo.

Su amigo estaba sentado en el suelo, llorando. Tenía la cara roja y cortada por el viento, la nieve y el frío. No llevaba guantes, ni gorro, y sus pantalones tenían un buen trozo de tela arrancada. Lo primero que dijo fue:

—Rose Rita, ¿tienes un pañuelo? Tengo que sonarme la nariz.

Llorando de alegría, Rose Rita lo rodeó con los brazos y lo abrazó con fuerza.

Entonces Jonathan y la señora Zimmermann se les unieron. Ellos también lloraban. Pero, al final, la señora Zimmermann recuperó la compostura. Se arrodilló junto a Lewis y empezó a examinarlo como si fuera médico. Le miró los ojos, las orejas y la garganta. Le pidió que sacara la lengua y dijera «¡Aaaah!». Jonathan y Rose Rita los rodeaban, nerviosos y tensos, esperando el veredicto de la anciana. Finalmente, se levantó. Se sacudió la nieve de la capa y se alisó el vestido.

—Lo único que le pasa —resopló— es que lleva demasiado tiempo expuesto al frío. Está agotado, y creo que se ha resfriado. Rose Rita, ¿me devolverías lo que te he dado?

Rose Rita recordó de repente el objeto que la había salvado. Todavía lo tenía en la mano, aunque ya no brillaba ni estaba frío. Abrió el puño, y vio que lo que tenía dentro era un tubito de cristal de unos cinco centímetros de largo. Contenía una funda de metal perforada, y dentro había unos cristales de color violeta claro. En la base, el tubo tenía chapa metálica de color dorado. Sobre su superficie había unas letras impresas:



Rose Rita se volvió hacia la señora Zimmermann. No sabía si echarse a reír o a llorar.

—¿O sea, que solo era esto? ¿Una de esas cosas que te metes por la nariz cuando estás congestionado?

—Sí, por supuesto —dijo la señora Zimmermann con impaciencia—. Ahora, devuélvemelo. Gracias. —Mientras le pasaba el inhalador a Lewis por encima, la señora Zimmermann añadió—: También es un objeto mágico, el primero que fabriqué. Hasta hacía un momento, pensaba que era un completo fiasco. Verás, está concebido para que solo funcione en manos de un niño. Supuestamente su función es proteger al que lo use de los seres malignos. Y también posee ciertos poderes curativos. Bueno, después de fabricarlo se lo presté a una sobrina mía que vive en Muskegon, y durante años lo tuvo en su poder. Ahora es adulta, y hace unos meses me lo devolvió en una cajita con una nota diciendo que para la congestión le iba genial, pero que no veía que tuviera ninguna propiedad mágica. Así que me metí esta tontería en un bolsillo de la capa y me olvidé de ella..., hasta este preciso instante. —La señora Zimmermann sonrió con tristeza—. Supongo que mi sobrina tuvo una infancia bastante sosa. Nunca se topó con nada parecido a esa sombra oscura junto al pozo.

La anciana se levantó y se sacudió la nieve de la capa. Rose Rita miró a Lewis y le entraron ganas de gritar de alegría. Su amigo parecía aturdido, pero sorprendentemente en forma. Entonces la señora Zimmermann se volvió hacia Rose Rita. Le tendió el tubito.

—Toma, cógelo. Es tuyo, para siempre.

A Rose Rita se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias. Espero no tener que usarlo nunca como he hecho hoy.

—Yo también —respondió la señora Zimmermann.

—Y yo también —dijo Jonathan, ayudando a Lewis a ponerse de pie.

Después de que Jonathan intentara, infructuosamente, volver a colocar la tapa sobre la boca del pozo, los cuatro se dirigieron hacia la carretera. Cuando llegaron a la calzada, encontraron allí una ambulancia con el motor encendido. Y también a Jute Feasel con el coche de Jonathan.

—¡Hola a todos! —exclamó—. He pensado que igual lo necesitabais. He dejado el camión donde estaba tu coche, así que, si me llevas allí, te lo agradecería.

—Trato hecho —gritó Jonathan por encima del hombro. Estaba hablando con el conductor de la ambulancia, explicándole que quería que Lewis pasara la noche en el hospital porque estaba resfriado y tenía un principio de congelación. Después, Jonathan estuvo deliberando un buen rato con la señora Zimmermann, y al final decidieron que ella volvería en la ambulancia con Lewis, y los demás en el coche de Jonathan.

De camino a New Zebedee, todo el mundo estuvo un buen rato callado. Jonathan conducía, Jute iba a su lado y Rose Rita estaba sentada, sola, en el asiento trasero. Cuando pasaron junto al cartel de «LÍMITE MUNICIPAL», Jute habló:

—No quiero ser entrometido, pero..., qué mierd..., ay, demonios, ¿a ti te da igual que diga palabrotas, verdad, Rose Rita? ¿Qué mierda estaba haciendo Lewis en la antigua granja de los Moss en mitad de la noche?

Jonathan empezó a dar una explicación plagada de ejéms y ajás, pero Rose Rita le interrumpió.

—Es muy sencillo, señor Feasel. Lo que ha pasado en realidad es que Lewis estaba caminando por las afueras de la ciudad cuando un desconocido le ha preguntado si le apetecía ir en coche hasta Homer y volver, solo para ver la nieve. Y bueno, como Lewis de vez en cuando hace tonterías, le dijo que sí y se metió en el coche. Pero cuando estaban de camino a Homer, el tipo resultó ser uno de esos tarados que salen en los periódicos, así que Lewis se tiró del coche en marcha y se escondió en el bosque. Ahí fue donde lo encontramos.

Jute le dio una calada a su puro y asintió.

—¿Lewis consiguió verle la cara a aquel tipo?

—No, estaba oscuro. Y tampoco se quedó con la matrícula. Muy mal. Probablemente no le cojan nunca.

—Sí. —Jute pasó el resto del camino en silencio. No se preguntó cómo Jonathan y los demás habían sabido dónde encontrar a Lewis. En aquel bosquecillo no había teléfonos. Pero Jute había oído decir que Jonathan era

magos, y tal vez los magos tuvieran sus propios métodos para comunicarse con sus familiares, por ondas cerebrales o cosas así. Fuera como fuera, Jute no hizo más preguntas, y Rose Rita se pasó el resto del camino de vuelta a casa con una sonrisa satisfecha en los labios.

CAPÍTULO TRECE

Lewis se despertó al día siguiente en una habitación encalada inundada de luz. El hospital de New Zebedee era una mansión enorme que había pertenecido a una anciana adinerada. La habitación de Lewis estaba en el ático. Al pie de su cama, el techo descendía hasta casi tocar el suelo, y en la pared, junto a su codo, comenzaba una pequeña galería de escayola blanca al final de la cual había una claraboya con una cortina. Del otro lado del cristal pendían témpanos de hielo, pero en la habitación se estaba calentito.

En aquella larga estancia había más pacientes, y las enfermeras se pasaron toda la mañana entrando y saliendo. Casi a mediodía, el doctor Humphries fue a visitar a Lewis. Era el médico de cabecera de los Barnavelt y a Lewis le caía muy bien. Su voz sonaba como una viola y estaba siempre haciendo chistes para que sus pacientes se sintieran cómodos. Y siempre llevaba un maletín de cuero negro repleto de botes cuadrados llenos de pastillitas que sonaban como maracas. El doctor Humphries le puso un palito en la boca y le iluminó la garganta con una lucecilla. Le miró los ojos y los oídos. Luego le dio una palmadita en el hombro, cerró el maletín y le dijo que lo único que necesitaba era un par de días de reposo en casa. Se estrecharon la mano, y el doctor Humphries se marchó.

Minutos después, Jonathan fue a buscar a Lewis y se marcharon a casa. La señora Zimmermann le obligó a guardar cama, y, aquella tarde, cuando le llevó la cena, le dijo que le habían preparado una sorpresa. Jonathan, Rose Rita y ella habían organizado una fiesta especial: una Navidad por adelantado. Le dio permiso para ponerse las pantuflas y el albornoz y bajar a la biblioteca de Jonathan cuando quisiera.

En un primer momento Lewis se asustó mucho, porque había visto en el periódico fotos de niños que se estaban muriendo de alguna enfermedad incurable, como leucemia, por ejemplo. A aquellos niños siempre les celebraban la Navidad por adelantado. Pero después de que la señora

Zimmermann le asegurara varias veces que no estaba al borde de la muerte, se sintió mejor. De hecho, tenía muchísimas ganas de que empezara la fiesta.

Lewis estaba sentado junto al árbol de Navidad. Miraba la gorra roja de Sherlock Holmes que Jonathan le había comprado para sustituir la que Woody le había robado. En una mano tenía un vaso del ponche especial que Jonathan preparaba siempre por aquellas fechas. En la otra, una galleta con trocitos de chocolate.

Aquella vez no tuvo que entrecerrar los ojos para que las lucecitas del árbol se convirtieran en estrellas. Las lágrimas de felicidad le cegaban.

Rose Rita estaba sentada al estilo indio en el suelo, junto al sillón que ocupaba Lewis. Estaba jugando con uno de los regalos de su amigo, una máquina eléctrica de *pinball*.

—¿Señora Zimmermann? —preguntó.

—¿Sí, Rose Rita? ¿Qué pasa? —La señora Zimmermann estaba inclinada sobre la mesa de la biblioteca, añadiendo un chorrito de licor de hierbas Bénédictine al ponche. Todos los años le reprochaba a Jonathan que se quedaba corto de licor, y todos los años retocaba la receta para que estuviera a su gusto—. Dime, cielo. ¿Qué quieres?

—¿Cuándo nos va a contar cómo descubrió adónde ir? O sea, ¿cómo sabía dónde estaba Lewis?

La señora Zimmermann se volvió hacia ella y sonrió. Introdujo el dedo índice en el ponche, lo removió con él y luego se lo llevó a la boca.

—Mmm. ¡Delicioso! ¿Que cómo lo sabía? Pues es una buena pregunta. Repasé mentalmente lo que me habías contado sobre todo lo que le había pasado a Lewis con la moneda mágica, y hubo un detalle que me recordó algo. Un detalle que probablemente tú no pensaste que fuera importante.

—¿Cuál fue? —preguntó Lewis.

—Cómo olía el fantasma. Rose Rita nos contó que tú le habías dicho que el fantasma olía a cenizas húmedas. Que olía como un fuego que acaban de sofocar con agua. Bueno, comparé ese dato con un par de cosas que ya sabía. —La señora Zimmermann levantó un dedo—. Uno: la noche del 30 de abril de 1859, un granjero llamado Eliphaz Moss murió quemado en su granja, cerca de la carretera de Homer. Mi abuelo tenía una granja allí cerca, y formó parte de la brigada de voluntarios que sofocaron el fuego con cubos de agua. Cuando era niña, recuerdo que me contaba lo espantoso que había sido ver salir corriendo despavorido al anciano Eliphaz de la casa. Luego, con un espantoso chillido (eso decía mi abuelo) se lanzó a...

—¿El pozo? —preguntó Lewis. Se le había quedado la cara blanquísima.

—El pozo —confirmó la señora Zimmermann, asintiendo con tristeza—. El pozo apagó las llamas que envolvían al pobre hombre, pero también lo ahogó. Era muy profundo, y nunca recuperaron el cadáver. Luego, después del incendio, alguien construyó una enorme cubierta de granito para taparlo, que terminó convirtiéndose en la lápida de Eliphaz. Eso, por cierto, es lo que está haciendo tu tío ahora mismo: ayudar a Jute a volver a colocarla sobre el pozo.

La puerta se cerró con un golpetazo. Era Jonathan. Cuando entró en la biblioteca, tenía la cara roja de frío y bastante apesadumbrada. En cuanto se sirvió una taza de ponche, pareció animarse, así que la señora Zimmermann prosiguió con su historia.

—Claro que eso es solo parte de la historia —dijo, sirviéndose una nueva taza de ponche—. La segunda parte concierne a Walter Finzer, el hombre al que el abuelo Barnavelt le ganó la moneda de tres céntimos. Era empleado de Eliphaz Moss, y todo el mundo creía que fue él quien provocó el incendio que mató al anciano.

—¿Por qué creían eso? —preguntó Rose Rita.

—Porque Walter era un tipo iracundo, malvado, cruel y haragán, ¿por eso! —gruñó Jonathan—. Aunque podíais haberlo deducido por cómo reaccionó cuando el abuelo Barnavelt le ganó la moneda de la suerte.

—¿Usted cree que Walter Finzer provocó el incendio, señora Zimmermann? —Aquella vez fue Lewis quien lo preguntó.

—Sí —respondió la señora Zimmermann, asintiendo—. Antes no lo pensaba, pero ahora sí. Es difícil encajar los hechos con las migajas de pruebas que tenemos, pero yo diría que Walter mató a Eliphaz dejándolo inconsciente primero y luego prendiéndole fuego a la casa. Cuando Eliphaz se despertó, la granja estaba en llamas, y él también.

—¿Por qué quería Walter matar al viejo Elly..., como se llame? —preguntó Rose Rita.

—Para evitar que se vengara de él. Verás, creo que Walter entró en la casa mientras Eliphaz estaba celebrando un ritual mágico. ¿Recordáis la fecha del incendio? 30 de abril de 1859. ¿Alguien recuerda algo especial que pase el 30 de abril? Tú cállate, Jonathan. Sé que te sabes la respuesta.

Lewis se lo pensó un poco.

—¡Ah! —dijo—. Es la fecha del periódico que vi justo antes de que el fantasma viniera a por mí. Y 1859 también era el año que aparecía en la moneda.

—Eso solo confirma que mi teoría es cierta —dijo la señora Zimmermann, sonriendo—. Verás, el 30 de abril es la noche de Walpurgis. Es una especie de Halloween, una noche a la que los que se aventuran en las artes oscuras le tienen gran aprecio. Eliphaz coqueteaba con la brujería, o, al menos, eso era lo que creían la mayoría de los granjeros de la zona. Mi abuelo, por ejemplo, era de esa opinión. —La señora Zimmermann calló y se quedó mirando su vaso—. Verás —dijo—, en aquella época, las granjas debían de ser lugares terriblemente solitarios. No había televisión, ni radio, ni coches para ir a la ciudad a ver una película. Ni siquiera había películas que ver. Los granjeros pasaban el invierno enclaustrados. Algunos leían la Biblia, y algunos leían... otros libros.

—¿Usted también lee esos otros libros, verdad, señora Zimmermann? —preguntó Rose Rita con vocecilla asustada.

La señora Zimmermann la miró con amargura.

—Sí, lo hago, pero yo los leo para saber qué hacer cuando pasa algo espantoso. Y como visteis allí fuera, a veces ni siquiera basta con ser un experto en esos libros terribles. No cuando la otra parte es más poderosa, al menos.

—Te estás desviando del tema, Florence —dijo Jonathan—. Así que el viejo Eliphaz era mago. ¿Estás queriendo decir que estaba fabricando un amuleto mágico cuando Walter se topó con él?

—Sí. Walter probablemente entró a por un pellizco de tabaco de mascar o un vaso de *whisky* después de una larga jornada de trabajo. Y allí estaba Eliphaz encantando la monedita de plata con algún galimatías. Una moneda de tres céntimos. Bueno, todo el mundo sueña con tener algún chisme mágico que resuelva sus problemas. Ambos hombres estaban solos, y Walter probablemente era el más fuerte de los dos con diferencia. Así que golpeó a Eliphaz en la cabeza, le prendió fuego a la casa y se dio a la fuga... con el amuleto. Luego debió de decidir que no le convenía quedarse en New Zebedee. Así que se alistó en el ejército. Y entonces empezó la guerra civil, Walter se encontró con el abuelo Barnavelt y... el resto ya os lo sabéis.

Lewis parecía confuso.

—Pero ¿por qué me perseguía el fantasma del viejo Eli..., como se llamara? ¿Creía que yo le había robado el amuleto?

—No exactamente —dijo la señora Zimmermann—. Verás, el amuleto tenía el poder de invocar un espíritu de las profundidades. Un espíritu que obedecería órdenes de Eliphaz Moss. Pero cuando uno se mezcla con espíritus malignos, hay que tener cuidado, y supongo que a Eliphaz lo interrumpieron

antes de que terminara de encantar la moneda. Así que las cosas se torcieron un poco, como cuando te equivocas con un ingrediente preparando una tarta. Y el espíritu de Eliphaz (su fantasma, su alma, llámalo como quieras), su espíritu fue al que invocaron cuando Lewis leyó la oración de mi libro en presencia de la moneda.

Lewis se estremeció.

—¿O sea, que lo invoqué yo? ¿Al fantasma que olía a cenizas?

La señora Zimmermann asintió.

—Desde luego que fuiste tú. La oración que pronunciaste es lo que los magos profesionales denominan una oración de invocación y posesión. En primer lugar, despertaste un espíritu que estaba en letargo, el espíritu que maldijo el amuleto, el de Eliphaz. El amuleto no tenía capacidad de causar ningún mal a nadie hasta que tú recitaste esa plegaria. Ese es el motivo por el que Walter nunca pudo hacer nada con ella, y por lo que al final accedió, aunque fuera de mala gana, a echarla al montón de apuestas en la partida de póquer. Y por eso el abuelo Barnavelt pudo llevarla colgada de la cadena del reloj junto a la barriga durante cuarenta años sin que le afectara en lo más mínimo.

—Pero, espere un minuto —dijo Rose Rita—. Después de que Lewis la despertara, yo toqué la moneda. ¿Por qué a mí no me pasó nada?

—Si me dejáis terminar, os contaré por qué —respondió la señora Zimmermann con paciencia—. Antes he dicho que la oración era de invocación y posesión. Lewis no solo despertó el amuleto, sino que lo hizo suyo. Suyo y de nadie más. Ninguna otra persona podía utilizarlo. El amuleto, por supuesto, podía serle arrebatado por la fuerza (como sucedió), pero ninguna otra persona podría hacer nada con él. Fue suyo hasta que resultó destruido. No sé si eres consciente de ello, Rose Rita, pero cuando arrojaste la moneda al pozo, eliminaste el encantamiento al que había sido sometida. El agua es un elemento purificador, el elemento del renacimiento. Limpia cualquier maldición. El agua corriente es la más efectiva, pero el agua añeja y estancada de un pozo también vale. Por eso la silueta oscura se desvaneció cuando lo hizo. El encantamiento había desaparecido.

—Sigo sin entender por qué el viejo comosellame venía a por mí —dijo Lewis.

La señora Zimmermann suspiró.

—Bueno, de nuevo, no son más que suposiciones. Eliphaz estaba intentando fabricar un amuleto de poder. Los amuletos de poder pueden usarse para invocar espíritus (por lo general, malignos) y también otorgan a su

propietario poderes asombrosos. Simón el Mago poseía un amuleto de poder, y se decía que podía volar y hacerse invisible.

—¿Te ayudan a ganar peleas? —preguntó Lewis con un hilillo de voz.

La señora Zimmermann rio, divertida.

—Sí, también ayudan a eso. El fantasma de Eliphaz te ayudó a ganar esa pelea con Woody. Eliphaz estaba atrapado, convertido en el espíritu de su propio amuleto, como una especie de genio en una lámpara, no sé si me explico. Y, bueno, tenía que obedecer ciertas reglas. Tú lo invocaste y él te otorgó poder. Pero a medida que fue pasando el tiempo, el espíritu de Eliphaz empezó a cobrar forma en este mundo. Al principio se limitó a mandarte mensajes para avisarte de que estaba viniendo, postales y cosas así. Al final adoptó la forma que viste a la luz de la farola y entre las sombras bajo el arco del templo masónico. Y Lewis, si hubieras sido mago, entonces no habría habido ningún problema. Habrías podido domar al espíritu. Habrías obligado a Eliphaz a obedecer tus órdenes. Pero no eras más que un chiquillo que no sabe lo que se hace, así que Eliphaz decidió invertir las tornas y llevarte consigo a su... morada. —La señora Zimmermann se estremeció y dejó de hablar. Clavó los ojos en el fuego. Estaba pensando en el pozo y lo que había en su interior.

Todos permanecieron sentados, en silencio, y durante unos minutos pareció que la fiesta de Navidad iba a ser un poco deprimente. Pero entonces Jonathan carraspeó sonoramente y anunciando que, ya que era Navidad para Lewis, bien podía ser Navidad para todos.

—¿O sea, que podemos abrir nuestros regalos? —dijo Rose Rita. Parecía muy emocionada.

Jonathan asintió.

—Exactamente. Vamos, ¡todos al lío!

En un santiamén el suelo de la biblioteca quedó sepultado bajo un mar de papel de colores. A la señora Zimmermann le regalaron un paraguas nuevo para sustituir el que había quedado destruido en el duelo con el fantasma de Eliphaz Moss. Aquel paraguas no era mágico, pero dijo que pronto lo pondría a funcionar. A Jonathan le regalaron los tres o cuatro kilos de tabaco que siempre pedía y una pipa de espuma de mar tallada con forma de dragón. El humo salía por la boca y la nariz de la criatura. A Rose Rita le regalaron un guante de béisbol y un pase para cuatro de los partidos que los Detroit Tigers jugarían en casa la siguiente temporada. Jonathan y la señora Zimmermann eran muy aficionados al béisbol y siempre estaban discutiendo, porque Jonathan era de los Tigers y la señora Zimmermann de los White Sox.

Jonathan sonrió, complacido, cuando pensó en la cantidad de veces que los cuatro presentes verían partidos de béisbol en vivo durante el año siguiente. Y Rose Rita podría llevarlos a todos consigo, porque el pase era suyo.

La fiesta continuó durante horas, hasta que todos estuvieron tan cansados que les costaba incluso mantener los ojos abiertos. Rose Rita y la señora Zimmermann volvieron a sus respectivas casas, y los dos asistentes restantes se arrastraron a la cama.

Varios días después, Lewis estaba en el recibidor, intentando quitarse a tirones una bota que se le había quedado atascada. De repente, la solapa de la rendija por la que recibían el correo se abrió con un aleteo y un paquete blanco y liso cayó sobre el felpudo. En un primer momento, Lewis se asustó. Pero después, cuando se tranquilizó, se acercó cojeando a la puerta y recogió el sobre. Lewis se echó a reír. Era el manual de Charles Atlas.



JOHN ANTHONY BELLAIRS (17 de enero de 1938 Marshall, Michigan - 8 de marzo de 1991 Haverhill, Massachusetts) fue un autor estadounidense, conocido por sus novelas de fantasía y misterio gótico para jóvenes con los personajes Lewis Barnavelt, Rose Rita Pottinger, Anthony Monday, y Johnny Dixon.

La novela de Bellairs, *La casa con un reloj en sus paredes* (1973), se compuso originalmente como una fantasía contemporánea para adultos, pero en ese momento había poco mercado para el subgénero. El segundo editor al que fue enviado sugirió reescribirlo como un libro para lectores jóvenes; Bellairs lo hizo, y así determinó el curso futuro de su carrera, mientras terminaba escribiendo 15 novelas para jóvenes. Fue llevada al cine en 2018.